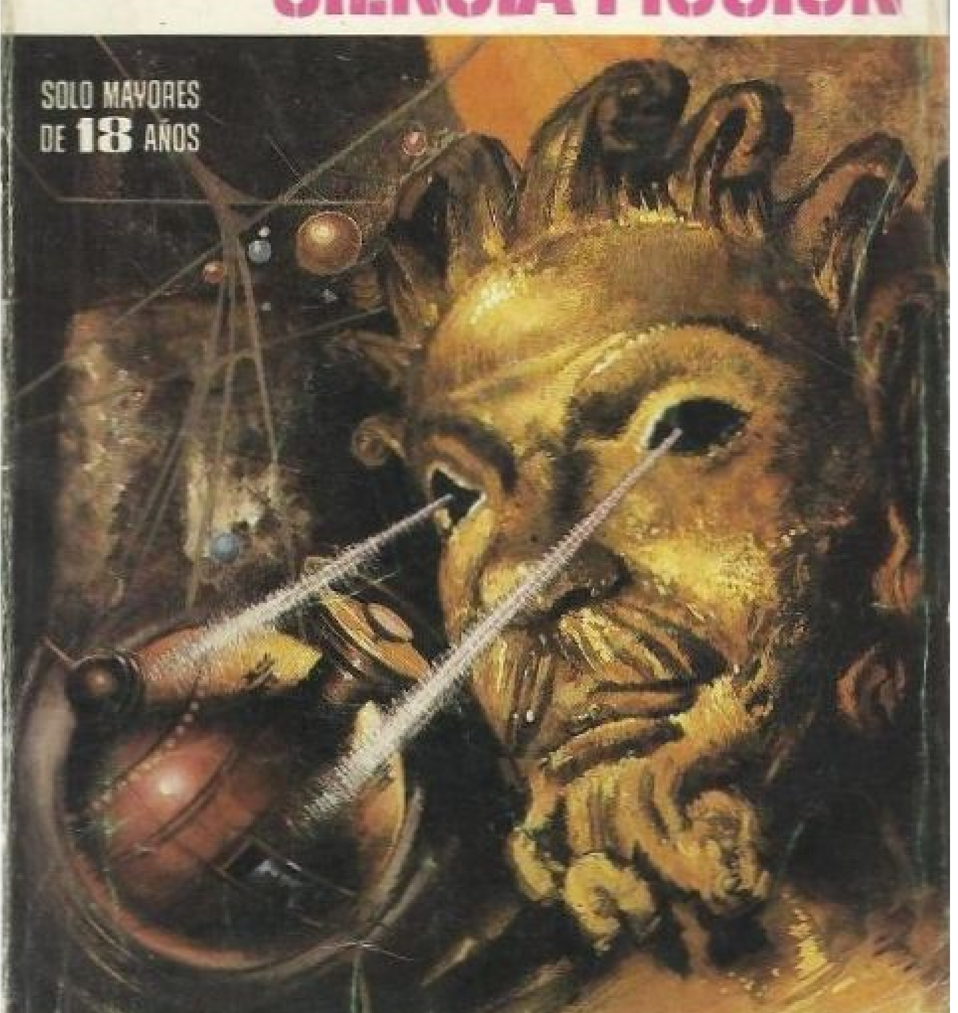
La conquista del ESPACIO

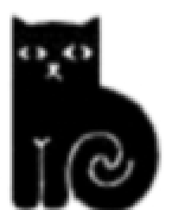
BOLSILIBROS BRUGUERA

LOS SIMBIONTES

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

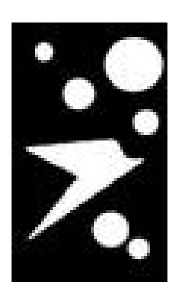
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

623 - *Multimán*. Lou Carrigan
624 - *El zoo espacial*. Ralph Barby
625 - *Perdidos en el "Año Luz"*. Frank Caudett
626 - *Karalai y los clónicos*. Kelltom McIntire
627 - *Permiso para invadir la Tierra.* Glenn Parrish

Lou Carrigan

LOS SIMBIONTES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 628
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 23.213 – 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: 1982
1.ª edición en América: 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

La señora Murray terminó de hablar por teléfono, y, todavía sonriendo, se dejó caer en el sofá de la sala, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando absorta el humo.

La sonrisa persistía en sus labios.

Bueno, todo tiene sus compensaciones. Decididamente, a la señora Murray le habría gustado que su marido tuviera otro trabajo, que estuviera más tiempo en casa en lugar de la mayor parte de la semana viajando por su zona de pero es bien sabido que nadie puede tener siempre todo lo que quiere. Como compensación, estaban las llamadas de él, todas las tardes, estuviese donde estuviese.

Y en cada una de aquellas llamadas el mostraba tan... expresivo en su amor que en ocasiones alteraba no poco a la encantadora señora Murray. Le gustaba lo que él le decía por teléfono, naturalmente, pero había cosas que sólo convenía decirlas cuando se podían cumplir en el acto, no a tres o cuatro días fecha.

En fin, menos mal que aquella semana estaría en casa un día antes de lo habitual, es decir, el jueves por la tarde. Luego, durante tres días seguidos, él tendría que cumplir todo lo que había prometido por teléfono.

Tampoco esto debía resultarle precisamente desagradable al señor Murray, considerando que tenía una esposa joven y bonita, ¡Vaya si era bonita la señora Murray! Cuando él le decía por teléfono «te voy a comer en cuanto llegue a casa», todavía parecía más bonita. Se sentía un poco sonrojada, y experimentaba como una oleada de placer que...

La señora Murray decidió dejar de pensar en

estas cosas. Era martes, y dos días esperando ser comida era demasiado tiempo. Así que tomó la decisión de ocuparse de las cosas de la casa y procurar no recordar las promesas hasta el jueves por la noche...

Lo que si recordó, de pronto, con sobresalto, fue a su hijita.

—¿Patty? —llamó.

Como no recibiera respuesta insistió un par de veces en la llamada. Tampoco obtuvo respuesta.

—Debe estar en el jardín —dijo en voz alta la señora Murray.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de centro, y se puso en pie. Sí, debía estar en el jardín. La casa no era muy grande, de modo que si Patty no la había oído era porque no estaba en ella.

Tenían un bonito jardín en la parte de atrás de la casa. Bueno todo era bonito allí, y ciertamente se vivía mucho más tranquilo que en Phoenix. Demasiada gente en la ciudad. En Litchfield Park, en cambio, se vivía con gran independencia, especialmente en aquella zona residencial, donde solamente había cosas unifamiliares, todas con jardín, y algunas incluso con piscina. Aunque fuese muy pequeña, como la de su vecina más cercana, la encantadora señorita Douglas.

Debían ser cerca de las seis de la tarde. Afuera lucía un agradable sol de primavera, y en la diáfana atmósfera no contaminada se divisaban muy cerca las White Tank Mountains. Sí, era muy agradable vivir allí, en uno de aquellos parajes de aspecto desértico de Arizona. Agradable, sedante y hasta romántico.

La señora Murray salió al jardín, llamando de nuevo a su hijita de tres años, la «rubita picarona», como la llamaba su padre. Y ahora que pensaba en ello, era extraño que la niña no estuviera en la sala cuando había llamado Bob, pues le encantaba

conversar con él por teléfono, y tenían sus propias bromas divertidas.

Sí, era extraño.

—¿Patty, querida? —llamó una vez más la señora Murray.

—Estoy aquí, mamá —oyó la voz de la niña, a su derecha.

La señora Murray se volvió, sonriendo, y diciendo:

—Querida, papá ha llam...

No dijo nada más.

Se quedó con la boca abierta, palideció horrorosamente, y sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas expresando el más grandioso terror que pueda imaginarse.

Durante unos segundos, una eternidad, la señora Murray estuvo así, petrificada, congelada por el espanto viendo a su encantadora hijita.

Luego, tuvo un fortísimo estremecimiento que la sacudió como una violentísima descarga eléctrica.

Finalmente, comenzó a gritar, a emitir un tremolante, vibrante, fortísimo alarido que parecía que no fuese a tener fin.



A unos cien metros de la casa de los Murray tenía la suya la señorita Douglas, quien en aquellos momentos, recién duchada, se estaba contemplando con expresión complacida en el espejo del cuarto de baño.

La señorita Douglas era bellísima. Una pelirroja de esas de portada de revista. Medía metro setenta y dos, tenía un cuerpo espléndido, y un rostro inteligente y alegre, lleno de vida, que parecía desbordar por sus grandes ojos verdes. La gran mata de cabellos rojos, ahora recogida en un provisional

moño que estaba a punto de deshacer, parecía de fuego. Todavía, en la mano derecha, la señora Douglas sostenía el gorro de baño.

—Tal vez debí lavarme la cabeza —le dijo a su imagen.

Pero tampoco había que abusar del lavado de cabeza. Se la había lavado aquella mañana, antes de salir para Phoenix a trabajar, así que había suficiente.

De modo que olvidó sus cabellos, y se quedó mirándose los pechos, no demasiado grandes, pero eran una pura filigrana de la Naturaleza» una obra de arte plástica. Maravillosos. Deliciosos. Y además, con aquellos pezones grandes y oscuros, tan delicados, tan sensibles...

La señorita Douglas se tocó delicadamente los pezones. Vaya si eran sensibles, vaya. Demasiado, así que retiró la mano, y se la pasó por el liso vientre. Luego, pasó las dos por las caderas. Sus caderas eran de líneas suaves, armoniosas. Los muslos eran sencillamente soberbios. Bueno, en fin...

«Soy una tonta —se dijo, mirándose al espejo—. A fin de cuentas esas cosas suceden, y no sé por qué tengo que hacerme la mártir ni la virtuosa. Millones de chicas menos bonitas que yo ya habrían...»

Justo en aquel momento, oyó el grito.

En realidad, más que oír el grito, lo que sucedió fue que hubo una vibración aguda en el cristal de la ventana del cuarto de baño. La señorita Douglas volvió la cabeza hacia allí, y se estremeció. Acto seguido, mientras «aquella cosa» seguía sucediendo, se acercó a la ventana y la abrió.

El grito llegó entonces nítidamente. Era algo tan alucinante, expresaba tan absoluto pavor, que la señorita Douglas volvió a estremecerse, mientras su mirada se desplazaba hacia la casa de los Murray, aquel simpático matrimonio que tenían una hijita

absolutamente deliciosa.

—Dios mío —musitó.

El grito seguía sonando. Era como una... sirena de alarma, como un aullido pidiendo misericordia, como un espantoso bramido de agonía, y parecía estar flotando de modo tangible en el aire, extenderse mucho más allá de los cien metros escasos que separaban ambas viviendas.

La señorita Douglas se apartó de la ventana, agarró su albornoz, y salió corriendo del cuarto de baño. Poniéndose el albornoz, salió de la casa, iniciando el gesto de echar a correr hacia la de sus vecinos. Pero entonces vio su coche frente a la casa, y decidió que era mucho más práctico y sobre todo rápido utilizar el coche. Se metió en él, suspiró al ver las llaves puestas, y dio el encendido.

En menos de diez segundos había llegado ante la casa de los Murray y había saltado del vehículo, todavía con el albornoz suelto. Los gritos —el grito— llegaban de la parte de atrás de la casa, y la señorita Douglas corrió hacia allí terminando de anudarse el cinturón del albornoz.

Sus descalzos pies parecían volar. Llegó en un instante a la esquina del edificio, la dobló, e inmediatamente captó la escena.

La señorita Murray estaba de pie, inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, y gritando, emitiendo aquel alarido ininterrumpido, pálida como un cadáver. Cerca de ella, sentada en el suelo, estaba la pequeña Patty, también inmóvil, mirando a su madre con una expresión asustada, petrificada en su linda carita.

—¡Señora Murray! — llamó la señorita Douglas, acercándose— . ¿Qué le ocurre? ¡Por Dios, señora Murray...! ¡Señora Murray!

La señora Murray, simplemente, parecía no verla ni oírla. Seguía inmóvil, gritando, como una estatua blanca a la que le hubiesen colocado una sirena. La

señorita Douglas se plantó delante de ella, pálida de espanto viendo el espanto de la otra mujer, y la tomó por los brazos, sacudiéndola.

—¡Señora Murray!

La señora Murray seguía gritando, y su grito, debido a las sacudidas, parecía ahora sincopado, con altibajos.

—¿Qué pasa, señora Murray? ¡Por el amor de Dios, deje de gritar, está asustando a la niña!

La señora Murray seguía gritando.

Entonces, la señorita Douglas hizo lo que hacen en las películas: aplicó una tremenda bofetada en pleno rostro de la señora Murray. En el acto, ésta dejó de gritar. La señorita Douglas lanzó un fuerte suspiro.

—Lo siento, señora Murray —se disculpó—. Tenía usted un ataque de histeria... ¿Señora Murray? ¡Señora Murray!

No hubo reacción alguna en la señora Murray. Sus ojos habían quedado, de pronto, vacíos de toda expresión. Ahora parecía todavía más una estatua. Una estatua de carne helada.

La señorita Douglas miró de pronto a la niña, que ahora, ya callada su madre, parecía haberse tranquilizado un poco.

—Patty, ¿qué ha pasado?

Era una pregunta sencilla, y al mismo tiempo excesivamente llena de problemática para una niña de tres años. Su respuesta estuvo dentro de lo que podía esperarse:

—Yo estaba jugando, y vino mamá y gritó.

* * *

El doctor Morgan acudió rápidamente al encuentro de la persona que estaba esperando con gran impaciencia en la entrada del General Hospital

de Phoenix, tendiendo la diestra.

—Siento haberte molestado a estas horas, Esmond, pero no tuve más remedio que pensar en ti para pedirte ayuda.

—La hora es tan buena como cualquier otra, Warwick... — replicó Esmond Wilson, estrechando la mano de su amigo y colega—. ¿Cómo sigue esa mujer?

—Igual. Ya te lo expliqué por teléfono. Físicamente está bien, lo hemos comprobado de todos los modos imaginables. Pero parece que su mente está en blanco. No reacciona con nada. Esmond, jamás en mi vida había visto nada parecido. No hay manera de que reaccione.

—¿Pero sigue tranquila?

—¿Tranquila? Bueno, sí, podemos decirlo así. A mí me parece que más que tranquila está insensible a todo. Es... espeluznante.

Esmond Wilson asintió. Mientras conversaban, habían tomado uno de los ascensores del vestíbulo, y subían hacia la Sección de Psiquiatría, que dirigía Warwick Morgan, un hombre menudo y de apariencia generalmente reposada e imperturbable, aunque no en aquella ocasión. Junto a él, Esmond Wilson parecía un gigante, con su metro ochenta y cinco y sus anchos hombros ligeramente encorvados. En un rostro anguloso, seco, los ojos oscuros de Esmond Wilson relucían de interés tras los cristales de sus gafas. Tenía el aspecto de lo que era: un intelectual de alto nivel, ex atleta, dedicado en la actualidad al estudio con cuerpo, mente y alma. A los treinta y dos años, Esmond Wilson tenía bien ganada una gran reputación en psiquiatría, psicología, y, especialmente, en parapsicología, que, para él, según solía decir, no era más que un ensanchamiento en el campo de los estudios mentales, una valiosa renovación de conceptos y de posibilidades.

—Espeluznante — repitió Esmond Wilson.

—No se me ocurre otro modo de describir su estado, lo siento.

—Bueno, Warwick, espero que no hayas pensado que yo voy a solucionar algo que no has podido solucionar tú. Sería absurdo.

—Sólo te mego que le eches un vistazo. Nosotros llevamos más de dos horas intentándolo todo para que reaccione, sin conseguirlo. No es que espere de ti un milagro, pero si alguna sugerencia, quizá.

—Entiendo que esperas algo de mis... dotes de parapsicólogo, ya que en lo demás no necesitáis mi ayuda. Sois todos lo bastante buenos en lo vuestro para...

—Coño, Esmond, que le eches un vistazo, eso es todo.

—De acuerdo.

Dos minutos más tarde entraban ambos en la habitación donde había sido instalada la señora Murray. Había allí una enfermera y dos médicos, que saludaron con murmullos a Esmond Wilson. Este correspondió, se acercó al lecho, y se quedó mirando a la recién ingresada paciente, que se hallaba sentada, apoyando la espalda en varios almohadones.

Esmond sacó una pequeña linterna plana de un bolsillo interior de su chaqueta, la encendió, y dirigió la luz a los ojos de Helen Murray, que no parpadeó, no reaccionó de ninguna manera. Durante medio minuto, Esmond sostuvo la luz en los ojos de la mujer, inclinado sobre ella, en silencio. Le tomó el pulso, que le pareció normal, alrededor de las setenta y cinco pulsaciones. Le puso dos dedos en una carótida. Auscultó directamente el corazón. Todo normal, incluso la temperatura.

Wilson guardó la linterna, y sacó otra que tenía incorporada una lupa, con la cual examinó ahora ampliados los ojos femeninos, escrutando con gran

atención el iris, disminuida la pupila por los efectos de la luz.

Por fin se irguió y movió la cabeza.

—Evidentemente —dijo— ha sufrido un *shock* tremendo.

—Eso ya lo sabíamos nosotros —dijo uno de los médicos.

—Pues no puedo decirles más —lo miró apaciblemente Esmond —. Pero me gustaría quedarme a solas unos minutos con ella.

—¿Para qué?

—Salgamos —dijo Morgan—. Vamos, Ernest, no seas quisquilloso. Esmond ha venido porque yo se lo he rogado. Y son casi las diez de la noche.

El otro encogió los hombros, y se dirigió hacia la puerta. Los demás se fueron tras él. La puerta fue cerrada, quedando Esmond a solas con la señora Murray, que por supuesto seguía igual. Esmond acercó una silla al lecho, y se sentó.

—¿Realmente no puede hablar, señora? —preguntó.

No esperaba respuesta, ni la hubo. Se quedó silencioso, inmóvil, fija su mirada en los vacíos ojos de Helen Murray. Luego, poco a poco, Esmond Wilson fue cerrando sus ojos. Se quedó inmóvil. El silencio era tal que se oía la respiración de ambos.

Durante cinco minutos Esmond Morris permaneció inmóvil como una estatua, igual que Helen Murray. Por fin, suspiró, se puso en pie, y fue a abrir la puerta. En el pasillo, los tres médicos y la enfermera se volvieron a mirarlo. Esmond hizo una seña a Morgan, que acudió. Se encerraron los dos en la habitación.

—¿Qué? — preguntó ansiosamente Morgan —. ¿Has conseguido alguna... comunicación?

—No. Tiene la mente bloqueada. Lo siento, Warwick, no puedo penetrar en ella. No hay la menos posibilidad de comunicación, por el momento.

Lo que *sí* puedo decirte es que se ha llevado un susto que podía incluso haberla matado... Aunque no sé si no habría sido lo mejor.

—Eso quiere decir que no crees que se recupere..., que se quedará así para siempre.

—No lo sé. Iré viniendo por aquí, si te parece bien.

—Por supuesto. Bien, mala suerte.

—¿Puedo ver a la persona que la trajo al hospital?

—Te llevaré con ella. Está en uno de los cuartos auxiliares. Se trajo a la niña también.

—¿No había nadie más con ella?

—No. El marido de la enferma es viajante. La señora Murray ha comentado alguna vez con su vecina que la llama diariamente, pero hoy ya ha debido llamar. No sabemos dónde está, de modo que habrá que esperar a mañana para informarle de lo ocurrido. Si es que llama diariamente, claro.

—Esperemos que sea así. Quizá él consiga hacerla reaccionar.

—¿Realmente esperas eso?

—Bueno —mascullló Esmond —, en algo habrá que confiar, ¿no? Veamos si esa persona puede decirnos algo que nos ayude.

—Ya nos lo dijo todo a nosotros. No sabe nada, sólo que la oyó gritar desde su casa, que está casi a cien metros. Imagínate. La chica corrió allá, y la encontró gritando. Le dio un bofetón, la señora Murray se calló, y así quedó la cosa. La muchacha le hacía preguntas, pero ella no contestaba. Entonces le preguntó a la niña, por hacer algo.

—¿Y qué dijo la niña?

—Dijo que ella estaba jugando, que llegó su mamá y se puso a gritar.

—¿Y eso es todo?

—Coño, Esmond, la niña tiene tres años.

—Ah. Vaya, esto lo dificulta todavía más. En fin...

CAPITULO II

La señorita Douglas alzó la cabeza al oír abrirse la puerta. Primero entró el doctor Morgan, y detrás un sujeto alto, con lentes, que no parecía tener una noción muy clara de la elegancia en el vestir. Parecía no sentir el menor interés por estas cosas; era bastante desaliñado.

Sin embargo, cuando miró los oscuros ojos del desconocido la señorita Douglas tuvo la impresionante y relampagueante sensación de que había en la vida cosas maravillosas importantes que a ella se le habían pasado por alto, por la sencilla razón de que ni siquiera las había intuido... hasta entonces.

Y esta súbita intuición, casi comprensión, la dejó tan aturdida que no prestó atención a la presentación que hacía del desconocido el doctor Morgan. Parpadeó de pronto, respingó, y se sofocó.

—¿Se encuentra bien, señorita Douglas? —preguntó amablemente el desconocido.

—¿Eh...? Oh, sí. Sí, sí, gracias.

—Parece fatigada. Tal vez sería mejor que dejara a la niña en la camilla.

La señorita Douglas, que estaba sentada con la pequeña Patty dormida en sus brazos, movió negativamente la cabeza.

—No... No, no. Ya la dejé allí un rato, pero me... me impresionaba verla tendida en la camilla. Prefiero tenerla en brazos.

—Me agrada su sensibilidad. Caramba —se inclinó Esmond para mirar más de cerca a Patty—, ¡es una niña preciosa!

—Sí, lo es. Y muy graciosa. Es una niña encantadora.

—No me importaría tenerla en brazos, si usted quiere descansar un poco y fumarse un cigarrillo. Mientras tanto, podríamos charlar un poco. No creo que la niña se despierte.

Esmond tendía los brazos. La señorita Douglas miró aquellas manos grandes y nervudas, blancas, faltas de sol. Volvió a parpadear, se puso en pie, y traspasó la niña al desconocido. Oh, Dios mío, por supuesto que el doctor Morgan lo había presentado, pero ella se había quedado como una tonta experimentando aquella sensación, aquella intuición.

—Si no les importa, les dejo solos —dijo el doctor Morgan—. Pero no pienso marcharme esta noche del hospital, de modo que si necesitan algo llámenme.

—En mi opinión —dijo el desconocido— la señorita debería volver a su casa, y llevarse a la niña. Las dos estarán mejor allá, y en cambio aquí no pueden hacer nada. ¿Te parece bien que las acompañe, Warwick?

—Por supuesto. Y es lo mejor, desde luego. Bien, como les he dicho, si me necesitan llámenme.

—No creo que te molestemos hasta mañana —sonrió Esmond

—Hasta mañana, entonces.

Morgan los dejó solos. Esmond sonrió cortésmente a la muchacha.

—Espero que no le cause molestias mi sugerencia de que se quede esta noche con la niña, señorita Douglas.

—De ninguna manera. Si acaso mañana por la mañana, cuando tenga que ir a trabajar... Oh, bueno, puedo quedarme en casa con la niña hasta que regrese el señor Murray, desde luego. No hay problema.

—Espléndido. ¿De qué trabaja usted?

—Soy modelo.

—Ah... ¡Claro!

La señorita Douglas iba a preguntar que por qué

«claro» cuando, de pronto, recordó que estaba en albornoz y con unas zapatillas que le había prestado una enfermera. ¡Y con el cabello recogido en aquel horrible moño de baño! ¡Cielos!

—Estoy así vestida porque terminaba de ducharme cuando oí el grito, y como comprenderá salí corriendo. Incluso llegué aquí descalzada.

—Eso me tranquiliza. Pensé que era una extravagante vistiendo. Pero además, mi exclamación de ¡claro! no se ha debido a su atuendo, sino a que es usted tan bonita que tenía que ser algo así: modelo, actriz... Ya sabe.

—Sí —sonrió la señorita Douglas—. Perdone, pero me... me distraje un momento, y no... escuché su nombre cuando...

—Doctor Esmond Wilson, algo así como medio brujo. ¿Cuál es su nombre?

—Maryland Douglas. Ya le ha dicho el...

—¿Maryland? —alzó las cejas Esmond —. Caramba, es un nombre poco corriente, ¿no le parece? ^

—En realidad me llamo Mary —se sofocó ella —, pero me pareció que para mi trabajo sonaba mejor Maryland.

—Sin la menor duda. ¿Qué clase de modelo es usted? ¿De modas?

—Bueno, sí... Y fotográfica también. Quiero decir que poso para algunas revistas.

Esmond Wilson, que la contemplaba muy atentamente, sonrió, y eso hizo sofocar de nuevo a la señorita Douglas. Hacía años y años que no se sofocaba. Era absurdo.

—Me parece que es un poco tarde para permanecer aquí conversando —dijo Esmond —. ¿Dónde viven ustedes?

—En Litchifield Park, en la zona residencial.

—Ah, estupendo. Cualquier día me mudaré a un sitio como ése. Estoy harto del jaleo de Phoenix, y no

trabajo todo lo tranquilo que quisiera. Las llevaré en mi coche con mucho gusto.

—He venido en el mío.

—Lo he supuesto. Pero si le parece bien las llevaré en el mió, y mañana por la mañana le llevaré el suyo a casa. Así no tengo que volver a Phoenix haciendo autostop esta noche.

—Pero tendrá que hacerlo mañana.

—Mañana será otro día. ¿Nos vamos?

* * *

Detuvo el coche frente a la casa de la señorita Douglas, y miró a ésta.

—Espere un momento. Tomaré a la niña, y así podrá usted abrir la puerta.

—Dios mío, la dejé abierta... ¡No pensé en nada! Y también debe estar abierta la puerta de la casa de los Murray.

—Bueno, espero que no haya ocurrido nada. Vamos a acostar a la niña y luego echaremos un vistazo.

Esmond se apeó, y cargó con la pequeña Patty en brazos. Precedido de Maryland se dirigió hacia la casa. La muchacha encendió la luz, y entraron ambos. No parecía que nadie hubiese estado allí durante la ausencia de Maryland, que pronto comprobó que todo estaba en orden, tras acostar a Patty en su propia cama.

—No es muy grande — comentó Esmond —, pero es una linda casa, sin duda.

—Tengo piscina.

—¿De veras? —exclamó Esmond.

—Está en la parte de atrás. Bueno, quizá el nombre de piscina sea excesivo. Digamos que sirve para nadar unas cuantas brazadas. Pero está rodeada de césped, y es muy agradable tomar el sol

allí.

—Caramba, ¡el sol! ¡Buen invento!

Maryland se echó a reír, y de pronto, turbada, regresó al dormitorio, para echar un vistazo a Patty, que dormía profundamente. Esmond estuvo unos segundos mirando en silencio a la niña, y de pronto preguntó:

—¿No le preguntó usted a qué jugaba?

—¿Qué?

—A la niña. Se me ha ocurrido que quizá, en su inconsciencia infantil, estuviera jugando a algo o con algo que fue lo que asustó tanto a la señora Murray.

—No... No se lo pregunté. Señor Wilson, Patty tiene tres años. ¿A qué podía jugar que asustase a su madre? Supongo muñecas, o con algún cochecito, con tierra... de ésas.

¿Qué le parece si vamos a la casa de los Murray?

—Sí, de acuerdo. Tengo un poco de frío ahora. Si no le importa me vestiré un poco mas adecuadamente. Creo que tengo una vieja botella de whisky en el bar de la salita. Sírvase un trago, si lo desea.

—Buena idea.

Esmond salió del dormitorio. En la salita encontró la botella de whisky, en efecto, y se sirvió un trago corto. Mientras bebía miraba a su alrededor, complacido, tranquilo. La señorita Douglas tenía muy buen gusto, todo era agradable y confortable en su casa. Y sencillo, sin complicaciones. Todo agradable, todo en orden.

De pronto, comenzó a percibir algo diferente en el te. Algo desconocido. Una sensación inédita. Era como, presagio de algo sumamente agradable. El

silencio era absoluto. Allá, en el desierto, a veinte millas de Phoenix, se vivía muy tranquilo, ciertamente.

La sensación de algo inédito y agradable persistía. Esmond creyó oír algo. A su alrededor, pero no pudo localizar la procedencia exacta de aquel sonido... No, no era alrededor de él: era *dentro* de él. Tuvo el pensamiento de algo bello que no sabía qué era. De algo hermoso. De algo grande, luminoso, hermoso.

Bebió otro trago de whisky, más largo, y la sensación desapareció, dejándole ahora otra muy diferente, como de desengaño, de decepción. Se sintió súbitamente desconsolado...

—Cuando quiera, señor Wilson. ¿O debo llamarle doctor Wilson?

Esmond suspiró, y se volvió lentamente hacia la puerta de la salita. Maryland estaba allí, mirándole con contenido interés. Se había puesto unos pantalones de terciopelo y un grueso jersey de cuello alto, ambas prendas negras, y se había soltado el cabello. El contraste entre éste y la ropa era muy sugestivo.

—Es usted preciosa y muy elegante —murmuró Esmond—. Llámeme Esmond, simplemente, si no le importa.

—Claro que no..., si usted me llama a mí Mary.

—La verdad —sonrió Esmond —, me gusta más Maryland.

—¡Pues tanto mejor! —rió la muchacha —. ¿Le ocurre algo?

Esmond frunció el ceño.

—No, no. Bueno. Vamos a cerrar la casa de los Murray. Se me ocurre que quizá debería estar usted allá todo el día de mañana, pues el señor Murray puede llamar en cualquier momento.

—Sí, ya lo había pensado.

Salieron de la casa. Afuera, en efecto, hacía

bastante fresco. Alrededor de ellos se veían las luces de otras casas de la zona residencial. En alguna parte ladró un perro. El cielo estaba completamente despejado, lleno de estrellas. El aire era limpio.

Caminaban en silencio. De pronto, la mano dé Esmond tocó la de la muchacha. La miró. Ella miraba hacia el suelo. Esmond le tomó la mano, y ella entonces le miró y le sonrió. Esmond también sonrió, y continuaron caminando.

La puerta de la casa de los Murray estaba abierta. Entraron, y encendieron todas las luces a medida que la iban recorriendo. Tampoco allí parecía que hubiese ocurrido nada, todo estaba en orden. Esmond vio en el dormitorio grande una fotografía de los Murray, sonrientes, felices. El señor Murray tenía a su encantadora hijita en brazos. Parecía un hombre absolutamente feliz.

—¿Dónde estaba exactamente la niña cuando la encontraste? — murmuró Esmond.

Ella volvió a tomarle de la mano, y lo llevó a la parte de atrás de la casa. Encendió la luz del jardín, señaló el punto exacto donde había estado sentada en el suelo la pequeña Patty, y luego el que había ocupado la señora Murray.

—No veo ningún juguete por aquí —dijo Esmond.

—Es verdad... Bueno, los niños juegan con cualquier cosa. Creo que lo que más le gusta precisamente es jugar con la tierra, o con cosas que se inventan ellos. En realidad, para jugar sólo necesitan su propia imaginación.

—Eso es cierto, generalmente. Además son los niños que más se divierten.

Se alejó unos pasos, buscando por el suelo algo con lo que pudiera haber estado jugando Patty. Podía ser algo que hubiese asustado de veras a la señora Murray, como un medicamento peligroso, un cuchillo, unas tijeras, quizá algún frasco de líquido inflamable o tóxico...

No había nada de esto por allí.

Lo único que Esmond vio por allí fue una piedra, de la forma de un balón de rugby, pero algo más grande. Le pareció que brillaban en algún punto. Se inclinó y la tomó con ambas manos, convencido de que pesaría bastante. Se llevó una sorpresa. La piedra no pesaba ni la quinta parte de lo que era previsible.

La colocó de modo que le diera de lleno la luz del porche de atrás. Era muy suave al tacto, como ligeramente esponjosa. Le pareció que era de colores.

—Qué piedra tan curiosa —murmuró.

—Ah, esa clase de piedras, sí. Son raras, es verdad.

—No parecen propias de este terreno. ¿Hay muchas?

—Había bastantes, pero se las fueron llevando.

—¿Quiénes?

—Oh, algunos vecinos, y gente que pasaba por aquí. Pasaban con el coche, las veían, y se detenían a recoger alguna. Pero todavía queda una buena cantidad.

—No comprendo por qué teman que llevárselas. Debe haber piedras como ésta en otros sitios, ¿no?

—No. Bueno, pasó una cosa curiosa con estas piedras, en realidad: una mañana aparecieron por aquí. No estoy muy segura, pero creo que fue la mañana siguiente a la noche en que oí los ruidos.

—¿Qué ruidos?

—Pues... fue algo así como unos silbidos, y luego unos impactos, como unos golpes blandos en la tierra. Algunos sonaron bastante fuertes.

—Silbidos e impactos... ¿Estás segura?

—Sí. Primero me sobresalté un poco, pero luego comprendí que no ocurría nada malo. Aunque todavía no he conseguido identificar esos sonidos, ni sé cómo llegaron aquí estas piedras.

Esmond Wilson alzó la mirada hacia el cielo.

—Tengo la impresión de que lo que tú escuchaste fueron unos... meteoritos cayendo, Maryland.

—¿Crees que estas piedras son meteoritos?

—Podrían serlo. Un amigo mío es un experto mineralogista. Creo que le gustarla examinar esta clase de piedras. ¿Te has dado cuenta de lo poco que pesa? Pesa tan poco que incluso una niña de tres años podría sostenerla fácilmente.

Maryland se quedó mirándolo desconcertada.

—¿Crees que Patty tenía la piedra en las manos cuando apareció la señora Murray, y que eso la asustó? A mí no me parece posible. Hace días que estas piedras aparecieron, y los Murray las habían visto ya. Además, ¡son tan bonitas! Yo también tengo una en casa, y te aseguro que no me asusta en absoluto.

—Vamos a cerrar la casa de los Murray y regresemos a la tuya.

Así lo hicieron, sin que Esmond dejase la piedra en ningún momento. Cuando salieron de la casa de los Murray todavía la llevaba en las manos, sin dejar de mirarla. Dentro, a la luz, había podido verla muy bien. Era como tornasolada. Como un exótico arco iris que a veces parecía cambiante. Los reflejos eran bellísimos en aquellos colores delicados y maravillosos. A veces, parecían brotar de los pequeños poros.

Apenas habla dado Esmond unos pasos alejándose de la casa cuando se detuvo en seco, y se volvió. Se quedó mirando la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maryland.

—No lo sé. Me ha parecido... Tonterías.

—¿Qué te ha parecido?

—Que había alguien en la casa, mirándonos.

—¡No me asustes! ¡No hay nadie en la casa, lo sabemos!

—Sí, claro. Perdona, no he pretendido asustarte.

—¿Te vas a llevar la piedra?

—Espero no molestar a nadie al hacerlo.

—¿A quién habías de molestar? ¡Qué cosas se te ocurren!

—Quizá a Patty. Es posible que esta piedra sea su juguete favorito. Es muy bonita. ¿Dónde tienes la tuya?

Un minuto más tarde, Esmond Wilson estaba contemplando la piedra de Maryland. Estaba en la sala, sobre una me- sita rinconera, junto a un ramo de flores. No se había fijado en su presencia antes. Su tamaño era un poco mayor que el de la encontrada en el jardín de los Murray, y su peso correspondía con aquélla, era muy inferior al que cabía suponerle.

—Según entiendo —murmuró— la tienes aquí como un... objeto decorativo.

—Así es. A veces me quedo mirándola fascinada. Es sorprendente que la Naturaleza haya creado cosas tan hermosas, ¿verdad?

—A mí no me sorprende —sonrió Esmond—. Te voy a anotar mi número de teléfono, y tú anótame el tuyo.

—¡Ya lo había pensado! —rió la muchacha.

Se facilitaron su número telefónico, Esmond echó todavía otro vistazo a la dormida Patty, y se despidió. Maryland le acompañó hasta el coche. Esmond colocó la piedra en el asiento contiguo al suyo, cerró la portezuela de aquel lado, y se quedó mirando a Maryland.

—Me gustaría — susurró ella— que antes de decir nada vieses mi álbum de fotografías profesionales. Pero no ahora.

Desde el porche llegaba la luz, contorneando el espléndido cuerpo de Maryland Douglas. La forma de sus pechos era preciosa, pujante. Esmond Wilson metió sus manos entre la roja cabellera, y sus dedos

llegaron a la nuca de Maryland, que suspiró. Esmond atrajo la cabeza de la muchacha, y besó sus labios llenos y tibios. El silencio era tal que oía palpitar el corazón de la muchacha. El beso fue largo, lento, profundo.

Cuando terminó, Maryland tomó las manos de Esmond, y las colocó sobre sus pechos.

—De todos modos —susurró— quiero que veas mi álbum antes de seguir adelante.

—Te llamaré por la mañana.

La besó de nuevo, ahora notando el rápido latir del corazón femenino en sus manos. Los pechos eran sólidos, calientes. Esmond Wilson percibió perfectamente en las palmas de sus manos, y pese al grosor del jersey, el aumento de tamaño y la paulatina dureza de los pezones de Maryland. No llevaba sujetador. Deslizó una mano debajo, y acarició los pechos.

De pronto la soltó, se metió en el coche, y partió.



A las dos de la madrugada todavía estaba contemplando la piedra.

La había depositado sobre un sillón del dormitorio de su apartamento, y se había desnudado y metido en la cama. Desde ésta, se había quedado mirando la piedra..., y así seguía. Estaba fascinado. Había en su mente hermosos pensamientos extraños, que continuamente parecían bombardeados por los recuerdos de Maryland. En aquel momento la deseaba intensamente. Horas antes ni siquiera la conocía; ahora la deseaba, la amaba.

. Con un esfuerzo, se sustrajo de la fascinación de la piedra, apagó la luz, y e dispuso a dormir. Miró hacia la piedra, con la extraña idea de que podría verla en la oscuridad, que quizá fuese luminosa en

algún modo.

Pero no.

No podía ver la piedra.

«Tengo que dormir», se dijo.

Cerró los párpados y se relajó. Tenía grandes facultades mentales, podía ejercer un control sobre su mente que pocas personas podrían tan siquiera comprender. Para él, la parapsicología no era ni de lejos brujería ni nada parecido. Era, simplemente, un despertar de los poderes mentales del hombre. O quizá, una lenta recuperación de facultades que alguna vez, hacía mucho tiempo, había tenido...

Alguien le estaba mirando.

Alguien le estaba mirando, seguro.

Pero... ¿quién y dónde estaba?

¿La piedra, tal vez?

Se sentó de pronto en la cama, y encendió la luz de la mesita de noche. Por supuesto, no había nadie en la habitación. La piedra seguía allá, como lo que era: una piedra.

—¿Quién hay aquí? —preguntó en voz alta.

Al instante siguiente pensó que quizá se estaba volviendo loco. Pese a esto, saltó del lecho, y recorrió rápidamente el apartamento. Claro que no había nadie allí. Y sin embargo, no se sentía solo. Era una sensación tan intensa que comenzó a preocuparse.

Volvió a sentarse en la cama, apagó de nuevo la luz, y relajó los párpados y todo el cuerpo. Su mente buscó el sosiego total. Siempre tenía aquella sensación cuando lo lograba: era como si estuviera flotando en un mar embravecido que, poco a poco, se fuese calmando. Las aguas quedaban quietas, y llegaba una oscuridad uniforme y absoluta.

Sin embargo, aquella noche no ocurrió así exactamente.

Primero, sí, llegó la oscuridad de la serenidad. Pero muy pronto, apareció aquel extraño y bellísimo

resplandor que sugería las cosas más hermosas de la existencia.

Luego, de pronto, en su total reposo mental, Esmond Wilson tuvo la relampagueante sensación de que algo tiraba de él, que algo lo absorbía suave pero fuertemente. Algo lo engullía.

Justo en aquel instante, rodeado de luz, quedó profundamente dormido.

CAPITULO III

Harold Rich, alto, fuerte, nervudo, estaba sentado frente a la mesa de su laboratorio donde había colocado la piedra. En las ventanas resplandecía la luz del sol, que parecía embellecerse en la piedra, convertirse en diminutos arco iris. Sin ser un genio, Rich era un buen mineralogista que amaba su trabajo. Había realizado varias exploraciones por los Estados Unidos y fuera de éstos, y, ciertamente, si algún territorio conocía bien era el de su propio país, y, en éste, precisamente el Estado de Arizona.

—Estás fascinado, ¿no es cierto? —preguntó por fin Esmond.

Rich consiguió desviar la mirada de la piedra.

—Nunca he visto nada igual. Realmente, me inclino a creer que es un meteorito. Por aquí han caído bastantes, pero ninguno como éste, que yo sepa. Claro que no tengo por qué saberlo todo.

—Nadie lo sabe todo. Pero, Harold, yo esperaba alguna información más o menos concreta... en lo posible.

—Pues de momento no puedo dártela. Ya te digo que nunca he visto un mineral como éste. En fin, para mí es un meteorito, desde luego. Si me lo dejas lo examinaré a fondo, y ya te diré algo dentro de unas horas o un par de días. ¿Qué te pasa? —sonrió —. ¿No te gusta la idea de separarte de tu juguete?

Esmond parpadeó. Su juguete. Bueno, no era un juguete para él, pero en efecto no sentía deseos de separarse de la piedra. De algún modo, sabía que tenía algo que ver con lo que le había sucedido la noche anterior, de la que no recordaba nada salvo aquel bellísimo resplandor y aquella sensación de que era engullido.

—Ya sabes mi número de teléfono —murmuró —. Pero voy a dejarte además el de Warwick Morgan y el de una amiga mía. Me localizarás en alguno de esos tres teléfonos.

—De acuerdo. Hombre ¿tienes una amiga? ¡Ya era hora! ¿Quién es?

—Una muchacha que conocía anoche.

—¿Y... qué? —guiñó un ojo Rich—. ¿Ya?

—Ocúpate de tus piedras, ¿quieres?



Guando llegó a la casa de los Murray eran casi las once de la mañana. Maryland abrió la puerta cuando todavía él se estaba apeando del coche de ella, que le había traído, conforme a lo acordado. Junto a Maryland apareció Patty, mirando ansiosamente hacia el coche, pero su gesto se entristeció al ver sólo al desconocido, que se acercó al porche, sonriente, y le tendió un paquete.

—Buenos días, Patty. Ya sé que no me conoces, pero vamos a ser buenos amigos. Dime qué te parece este regalo.

La niña lanzó una exclamación, agarró el paquete, y corrió hacia el interior de la casa. Maryland y Esmond rieron, y se quedaron mirándose.

—Buenos días, Maryland.

—Tengo aquí mi álbum —dijo ella.

—Ah, muy bien. Bueno, puesto que no me has llamado en ningún momento debo interpretar que

esta noche todo ha transcurrido apaciblemente..., normal.

—Claro. ¿Qué había de ocurrir?

—He llevado la piedra a mi amigo Harold Rich. En cualquier momento me llamará para decirme algo al respecto.

Me permití darle tu número de teléfono, así que sería conveniente que estuviéramos en tu casa, no aquí.

—Espero que eso no le importa a Patty. Pero no olvidemos al señor Murray; puede llamar en cualquier momento.

—Es verdad... Bueno, nos quedaremos aquí. Déjame ver el número del teléfono, y llamaré a Harold para que lo anote

—¿Cuándo mirarás el álbum?

—Caramba, qué insistencia. Dentro de unos minutos... Vamos a ver qué dice Patty del regalo.

Se dispuso a entrar en la casa, pero Maryland se colocó ante él, se abrazó a su cuello, y lo besó largamente en la boca. Cuando se apartó, susurró:

—Es por si no te gusta mi álbum que sepas bien lo que te pierdes.

Esmond sonrió, la abrazó por la cintura, y entraron en la casa. La pequeña Patty estaba sentada sobre la alfombra de la sala. Junto a ella estaba la bonita muñeca que Esmond le había llevado, abandonada. Esmond y Maryland una rápida mirada.

—¿Sabes, Patty? —dijo Esmond—. Yo soy quién llamó antes para deciros que acababa de ver a tu mama, y que ella está bien. Seguramente volverá pronto a casa.

—¿Por qué no ha venido ahora?

—Todavía no está bien del todo, ¿comprendes? Dime: ¿no te gusta la muñeca que te he traído?

—Quiero salir a jugar al jardín.

—De acuerdo. ¿A qué jugarás?

—No sé.

—Apuesto a que conoces algún juego muy bonito. Me gustarla que me explicaras qué clase de juego es.

—No sé.

—¿Estabas jugando ayer cuando tu mamá salió a buscarte al jardín?

—Sí.

—¿A qué jugabas?

—No sé.

—pero entonces llegó tu mamá y gritó, ¿verdad?

—Sí. ¿Puedo salir?

—Naturalmente, querida —dijo Maryland — . Pero no te alejes.

La niña salió corriendo de la sala. Esmond y Maryland volvieron a mirarse, y ella dijo:

—Comprendo que lo haces con toda la delicadeza posible, pero no deberías preguntarle tantas cosas a la niña. Podría asustarse.

—Lo siento —murmuró Esmond . Bueno, voy a llamar a Harold. ¿Te molestaría preparar un poco de café?

—Claro que no. Bueno, la señora Murray sigue igual, en definitiva.

—Sí. Ningún cambio, ya te lo dije.

Maryland asintió, y salió de la sala. Minutos más tarde. Esmond había facilitado a Rich el número de teléfono de los Murray, y Maryland servía el café. Luego, tendió un grueso álbum a Esmond. que sonrió como resignado y lo tomó. Maryland abandonó la sala.

El álbum contenía, ciertamente, fotografías de la señorita Douglas, algunas de ellas luciendo modelos de noche muy elegantes, o vestidos de calle, o trajes de baño de una sola pieza o bikinis. También había fotografías de la muchacha completamente desnuda, sonriente. Fotografías de revistas para hombres, simplemente, sin paliativos. Pero no de las totales,

de las que podrían clasificarse como pornográficas, sino de las «artísticas». Eran unas fotografías encantadoras, graciosas las más de las veces, y, por supuesto, estimulantes.

Una cosa era cierta: la señorita Douglas era todo un bombón.

Ella apareció en la puerta, un poco tensa.

—¿Las ha visto?

—Casi todas —la miró amablemente Esmond . Caramba. ¡estás muy buena, Maryland!

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Bueno, supongo que más o menos es lo mismo que se les habrá ocurrido a los hombres que las hayan visto en las revistas, ¿no?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haberme hecho esas fotos. Ya veo que no te gusta.

—Vamos, no seas absurda.

—¿No te molesta?

—En lo más mínimo.

—¿De verdad? —exclamó Maryland, roja de alegría.

—¿No tienes más?

La muchacha lanzó una exclamación de alegría, y corrió hacia él sentándose en sus rodillas. Se besaron de nuevo. El álbum cayó al suelo, rieron los dos, y volvieron a besarse. Esmond deslizó la lengua por la garganta de Maryland, que exclamó:

—¡No me excites, Esmond!

—Tengo el convencimiento de que es fácil conseguir eso. Anoche mismo, cuando nos despedíamos, me parece que estabas... deseosa. Noté tus pezones.

—Es que... los tengo muy sensibles.

—No me digas.

Esmond alzó el jersey de Maryland, que, como la noche anterior, no llevaba nada debajo. Los pechos

aparecieron, hermosos, magníficos. Esmond comenzó a besarlos, y la reacción se produjo rápidamente.

—Esmond..., la niña... ¡Puede entrar en cualquier momento!

El se sobresaltó, y bajó rápidamente el jersey. Maryland rió, el rostro arrebolado, los ojos relucientes.

—Ha sido como echarme encima un jarro de agua fría — protestó Esmond —. Pero ya ha sucedido, y ya que has mencionado a la niña, ¿qué te parece si vamos a verla jugar ahí fuera? Pero no la llames, ni grites.

—¿Vas a espiar a una niña?

—Sólo quiero saber a qué juega. Anda, vamos.

—Podemos salir por la puerta de la cocina.

—Muy bien... Espera. ¿No notas algo raro?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Es algo... muy agradable.

—Lo que estoy notando, sentada en tus rodillas, es...

—No me refiero a esas cosas. Calla. Y escucha... o siente. No pienses en nada y cierra los ojos.

Maryland obedeció, desconcertada. Cerró los ojos y procuró no pensar en nada. Aquel silencio… Simplemente, se sentía bien, muy bien. Oh, si, se sentía extraordinariamente bien. Sentía algo dulce a su alrededor..., e incluso dentro de ella. Esto la sorprendió tanto que abrió los ojos..., y en el acto la sensación desapareció. Se quedó mirando el rostro de Esmond, quien tenía los ojos cerrados. Había en sus Maryland se asustó.

El abrió los ojos, y la miró.

—Lo has sentido, ¿verdad? —susurró.

—He... he sentido... una cosa rara... Hermosa. Sí, hermosa.

—Vamos a ver a Patty.

Se pusieron en pie y fueron a la cocina. En el

momento en que entraban en ésta sonó el teléfono en la sala. Los dos volvieron la cabeza, y Esmond dijo:

—Debe ser una llamada para los Murray, pues no creo que Harold sepa nada de la piedra todavía... Incluso podría ser el propio señor Murray.

—¡Ojalá!

—Te espero aquí.

Maryland regresó hacia la sala, y Esmond se acercó a la ventana de la cocina. Desde allí no se veía la parte de atrás de la casa. Se apartó, fue a la puerta, y la abrió un poco, despacio, cuidadosamente. Era cierto: quería espiar a la niña. pero por supuesto, no asustarla.

Se movió un poco, cambiando el ángulo de visión.

Vio a la niña.

Esmond Wilson tuvo la sensación de que un rayo descargaba sobre su cabeza. Un rayo helado, que congeló el cerebro, todo el cuerpo, que lo paralizó del más puro espanto. Pero no gritó. No podía. No podía hacer nada, absolutamente nada.

La imagen llegaba a su cerebro, pero era como si no pudiera registrarla, como si los ojos estuvieron funcionando independientemente. Era una visión que el cerebro no podía admitir.

Patty Murray estaba allí, pero no sola.

Estaba formando parte de algo. De una cosa. Una «cosa» del tamaño aproximado de un sillón corriente. Una masa de bellos colores tornasolados y cuyo aspecto era como el de un paraguas abierto y con los bordes ondulados...

Una masa que era como la parte superior de una medusa, de fondo oscuro y gelatinoso, moteado de bellísimos colores. Una masa que palpitaba, que parecía iridiscente.

De esa masa, sobresalía Patty desde la mitad del torso. El resto del cuerpo estaba hundido dentro de la

masa. Pero de esta masa no sólo sobresalía el engullido cuerpo de la niña, sino, a su alrededor, flores y las cabezas de varios pajarillos. Y, mezclado con todo esto, unas delgadas antenas de color rosado bellísimo en cuyos extremos había unas esferas relucientes de color azul, grandes como bolas de billar. Era como si la niña, las flores y los pajarillos estuvieran hundiéndose en un montón de gelatina con antenas oculares...

Y de pronto, todos aquellos grandes ojos azules, aquellas bolas de bellísimo color, se orientaron hacia la puerta de atrás de la casa, todas las antenas oscilaron hacia allí, mientras en aquel momento Patty reía jubilosamente acariciando la cabeza de uno de los pajarillos, que comenzó a cantar.

Las antenas quedaron quietas, los globos oculares inmóviles, todos enfocados hacia la puerta de la cocina. Súbitamente, la masa gelatinosa se estremeció, efectuó un movimiento de de contracción toda ella, y los pajarillos quedaron libres, las flores desaparecieron, la niña quedó sentada en el suelo, desilusionada. La masa gelatinosa se elevó suave y majestuosamente, su ondulado borde se movió como si se tratase de un ala circular. Emprendió el vuelo, y desapareció por encima de la casa.

Esmond Wilson seguía sin poder moverse. Vagamente, su cerebro estaba empezando a registrar la visión, el mensaje de los ojos humanos. Entonces, Maryland apareció ante Esmond. Este parpadeó. Vio el rostro de la muchacha, expresando temor, los ojos muy abiertos. Se dio cuenta de que ella le había cogido las manos, y las sacudía.

—¡Esmond! ¡Esmond! —gritaba Maryland.

El movió la cabeza. Volvió a parpadear.

—¿Qué? — preguntó, con voz ronca, apenas audible.

—Dios mío... ¡Qué susto me has dado! ¿Qué te pasa? ¡Estás muy pálido! Y te tiemblan las manos...

¿Qué te ha ocurrido? ¿Te sientes mal?

—No... No.

—¡Tienes muy mal aspecto!

—No... No es nada. Nada. Se me pasará en seguida. Te aseguro que me encuentro perfectamente.

—Si... Ya te vuelve el color. ¿Qué te ha pasado?

—No sé. ¿Quién era?

—¿Qué...? ¡Oh, el teléfono, lo había olvidado, con el susto que me has dado! Es tu amigo Harold, el mineralogista. Está esperando. ¿Le digo que llame más tarde, o que tú le llamarás?

—No. Voy a hablar con él ahora.

—Te espero afuera con Pat...

—No. Ven conmigo. Luego saldremos juntos.

—Como quieras. ?

Fueron a la sala, y Esmond tomó el descolgado auricular del teléfono.

—¿Harold? Dime.

—No es un mineral.

—¿Qué?

—La piedra que me has traído. No es una piedra. No es un mineral.

—¿Qué es entonces?

—No tengo la menor idea. Todo lo que puedo decirte es que no se trata de ningún mineral. Demonios, es la... cosa más extraña que he visto en mi vida, Esmond.

—¿De modo que no puedes decirme nada sobre ella?

—Nada que sea válido científicamente. No me atrevo, chico, lo siento. Pero puedo hacerte una sugerencia. ¿Conoces a Raymond Hawkes?

—¿El biólogo?

—Sí. Somos buenos amigos. Tenemos estupendas discusiones entre la apasionante diferencia que hay entre los minerales y los seres vivos. Me gustaría llevarle la piedra.

—¿Crees que es un ser... *vivo*?

—Bueno, no es un mineral, y respecto a eso me apuesto la cabeza. De modo que si no es un mineral tiene que ser otra cosa, ¿no? Es posible que Hawkes pueda catalogarla. Y si él no puede, tiene un círculo de amistades profesionales de lo más interesante. Apostaría cualquier cosa a que Hawkes se va a volver tarumba con esta cosa. ¿Se la llevo?

—Sí. De acuerdo, Harold. Cuando sepas algo

—Okay.

Esmond colgó el auricular. Maryland, que había do la conversación acercando el oído al auricular, se quedó mirando a Esmond incrédula y

—¿Cómo que no es una piedra?

—Ya lo has oído.

—¡Pues parece una piedra!

Esmond asintió, y quedó absorto. Se imaginó a la Murray viendo de pronto a su hijita de gelatina parecida a la caperuza de metida allí, con flores y pájaros, rodeada de globos oculares grandes como bolas de billar. El susto había tenido que ser tremendo. Con razón la pobre mujer había caído en aquel *shock*. Normal. Lo extraño era que a él no le hubiera sucedido lo mismo...

—Pero... ¿qué te pasa? ¡Esmond, te estoy hablando!

Perdona... —su mirada regresó a la realidad presente, se centró en Maryland—. ¿Qué decías?

—Te decía que me está asustando tener la piedra en casa. ¡Espero que no sea algo malo o peligroso!

—No sé. Vamos a hablar con Patty... Bueno, espera un momento, yo iré por delante.

—¿Por qué?

—Bueno, se me ha ocurrido que si está jugando a lo mismo que asustó a la señora Murray también podría asustarnos a nosotros, y no veo la necesidad de que los dos nos quedemos como la señora Murray.

—¡Qué cosas tan raras estás diciendo!

—Es verdad. Pero ven dentro de un minuto, ¿quieres?

—Está bien.

Esmond asintió, y volvió a la cocina. Miró de nuevo cuidadosamente al exterior, pero la cosa no estaba allí. Sólo estaba Patty, sentada en el suelo, con una flor en la mano, mirándola sonriendo, como ensimismada. No habla cerca ningún pájaro. Esmond aspiró profundamente, hizo ruido con la puerta, y salió de la casa.

La niña lo miró, y él sonrió amistosamente.

—Hola, Patty. ¿Estás jugando?

—Ya no.

Esmond se sentó en el suelo frente a la niña.

—¿Pero has estado jugando hasta ahora?

—Si.

—Me alegro mucho. ¿A qué jugabas?

—No sé.

—Ah. Bueno, pero espero que te gustase jugar a eso, a lo que fuese.

—Sí, me gusta mucho.

—De veras me alegro. Es muy bonita esa flor.

—Sí. Son de mamá.

La niña señaló el arbusto, y Esmond vio las flores. En aquel momento salió Maryland de la casa, y, sonriendo, fue a sentarse junto a Esmond, que preguntó:

—¿Has cogido tú esa flor, Patty?

—No.

—Entonces, te la ha dado alguien, ¿verdad?

—Estaba con nosotros.

—Claro. ¿Tal vez tienes amigos por aquí?

—Sí.

—Me gustaría conocerlos. ¿Cómo se llaman?

—No sé.

—Bueno, al menos sabrás cómo son.

—Son bonitos.

—¡Qué cosas se te ocurren! —exclamó Maryland —. ¿Cómo han de ser los amigos de una niña?

—Según dice ella, son bonitos.

—¡Todos los niños son bonitos! Pero... Bueno... Vaya, es una forma un poco rara de referirse a sus amigos. Además, ahora que recuerdo, no hay ningún niño de la edad de Patty cerca de aquí... ¿Has visto tú algún niño, Esmond?

—Yo no.

—¡Qué extraño!—Tal vez Patty llama amigos a los pájaros —sonrió Esmond—. Esos si son bonitos. ¿Son amigos tuyos los pájaros, Patty?

—¡Oh, si! —rió la niña—. ¡Claro que sí!

—Entonces estabas jugando con ellos, con las flores... ¿y con quien más?

—No sé.

—Pero has jugado otras veces a lo mismo, ¿verdad?

—Sí.

Maryland miraba ya con expectación a Esmond, pero éste le hizo una seña para que no preguntara nada, y se puso en pie, diciendo:

—Quédate aquí con ella. Vuelvo en seguida.

Y entró en la casa.

CAPITULO IV

Se fue directo al vestíbulo, donde arrancaba la escalera que conducía al piso alto, destinado a dormitorios. Subió, y al fondo del pasillo vio el arranque del tramo de escalones que conducía al desván.

Tenía la impresión de que aquella masa gelatinosa había volado premeditadamente hacia el tejado de la casa. Y tal vez estuviera todavía allí. Por horrible que pareciera todo, una cosa era segura: la masa gelatinosa no causaba mal alguno. Y no sólo

esto, sino que el hecho de que ni siquiera asustaba a una niña implicaba que su... actitud era

Subió el último tramo de escalones, y se detuvo ante la puerta del desván, cuya manilla probó. Estaba abierta. Entró, pensando que podría salir al tejado desde la cabinilla. El desván estaba oscuro, pero no completamente debido a la luz que entraba, como un difuso resplandor, precisamente desde la cabinilla. Bajo ésta había la escalera de comunicaba con el tejado, y a la cual se acercó Esmond. Puso un pie en el primer peldaño..., y se detuvo en seco.

Olía a flores.

Olía a flores en el desván. Era el mismo olor de la flor con la que había encontrado jugando a Patty.

Un lento escalofrío nació en la nuca de Esmond Wilson, y se deslizó lentamente por toda su espalda. Bajó el pie, y quedó inmóvil. Su cabeza se volvió hacia el fondo del desván, pero no acertó a divisar nada allí. Nada concreto, al menos. Había cosas, pero no podía distinguirlas.

Muy despacio, Esmond alzó ahora la cabeza, y miró la trampilla que cerraba la salida al tejado. Era de madera por debajo, y sin duda por arriba estaba forrada de tejas. A los lados de la cabinilla todo era de cristal; por allí entraba la difusa luz.

Bajó la cabeza, y se volvió lentamente hacia el fondo del desván.

—¿Hay alguien ahí? — murmuró.

En seguida, se arrepintió de haber hablado. Había sido una estupidez. Si lo que había visto no había sido cosa de la imaginación, si lo que había visto era real, un ser vivo auténtico, lo que menos se podía esperar de él era que hablase inglés. ¡Dios, qué majadería!

Cerró los ojos, y concentró toda su energía mental en enviar un sentimiento de buena voluntad, algo amable, amistoso. De pronto, le sucedió lo mismo que otras veces: sintió dentro de su cabeza

como un leve chasquido blando y suave, que indicaba su desconexión con el mundo exterior, con las cosas ajenas a la mente.

Y en el acto, le llegó aquella sensación amable y agradable, de paz, de sosiego. En la negra calma de su mente apareció por un instante la luz maravillosa. Fue como si dentro de él se encendiera una luz dulce que se expandió con grata por todo el cuerpo. Se sentía maravillosamente bien.

Se produjo el contacto claro, concreto. De mente a mente. Una comunicación directa y abierta. No había mensaje alguno en ella, sólo la aceptación de su presencia, de su contacto. Nada más.

Muy despacio, tras unos segundos de conexión, Esmond Wilson se desconectó, y abrió los ojos. Había alguien allí, en el desván. Sabía que había alguien o algo allí. Se volvió, regresó a la puerta, y buscó el interruptor de la luz.

Una bombilla adornada con una pantalla blanca de porcelana se encendió en el techo. Esmond se dirigió hacia el fondo del desván, despacio, tranquilo, sosegado.

Cinco segundos más tarde estaba decepcionado. No había allí más que las cosas que puede esperarse encontrar en un desván. Cachivaches, maletas, juguetes, raquetas rotas de tenis, un baúl... Se quedó mirando el baúl fijamente unos segundos antes de decidirse a abrirlo. Si habla algo o alguien allí, sólo podía estar en el baúl. Alzó la tapa de éste, despacio, despacio, despacio...

No había nada en el baúl.

«¿Y en el tejado?», pensó de pronto Esmond.

Segundos después salía a éste. Las tejas, bajo el tibio sol primaveral, habían olvidado ya el frío de la noche, le pareció que casi ardían al apoyar las manos en ellas. A pleno sol, no representaba dificultad alguna examinar el tejado. Bastaba echar un vistazo alrededor de la cabinilla de salida, eso era

todo.

No había nada ni nadie en el tejado de la casa de los Murray.

* * *

El señor Murray llamó a su casa a las cinco de la tarde, y naturalmente el hombre se llevó un buen susto, y aseguró que regresaba inmediatamente, y que iría directo al hospital, si la señora Douglas era tan amable de continuar con la niña hasta que él llegara finalmente a casa.

Llegó a ésta casi a las nueve de la noche, cuando hacía ya casi una hora que la pequeña Patty dormía tranquila y profundamente en su lecho.

—¡Dios mío, es horrible! —casi sollozó Bob Murray —. ¡Mi pobre Helen...! Ha sido horrible vería en ese estado. Mientras estaba de regreso pensaba que reaccionaría al verme u oírme a mí, pero ni me ha visto ni me ha oído. Está... está como muerta.

Esmond miraba con simpatía al señor Murray, un hombre alto, de buena presencia, atractivo, tan rubio como la pequeña Patty, con la misma dulce expresión de la niña en sus ojos ahora angustiados. Debía tener poco más de treinta años.

—No está muerta, señor Murray. Está viva y en condiciones fisiológicas perfectas — aseguró Esmond —. Ya verá como pronto se recuperará.

—¡No comprendo qué ha podido pasar! Porque si hubiera venido alguien por aquí, no sé, algún hombre o personas... desagradables, Patty lo habría dicho. Pero según he entendido Patty estaba jugando en el jardín, y llegó Helen y se puso a gritar... ¿Fue así?

—Eso parece.

—¡Pues no lo comprendo! ¿Qué pudo producirle ese *shock*?

—No lo sabemos — mintió Esmond.

Pocos minutos más tarde, tras escuchar las palabras de agradecimiento a ambos, Esmond y Maryland regresaron a la casa de ella, que nada más entrar lanzó una exclamación de sobresalto.

—¡Mi álbum! ¡Lo he dejado olvidado en casa del señor Murray! ¡Oh, Dios mío!

—Tranquilízate —rió Esmond—. Voy a recogerlo ahora mismo.

Salió de la casa. Regresó cinco minutos más tarde, y Maryland suspiró al hacerse cargo del álbum.

—De todos modos —dijo Esmond— no creo que el señor Murray esté de humor para estas cosas, querida.

—¿Y tú?

—Ah, yo no tengo inconveniente en volver a mirar tu álbum, te lo aseguro, pero me parece que ya está bien de fotografías.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, también debe ser agradable contemplar el modelo original, ¿no te parece?

—Tengo la impresión de que ésa es una proposición parecida a las muchas que he rechazado.

—¿Te han propuesto algo concreto? No te entiendo bien..., porque si se trata de verte desnuda al natural supongo que por lo menos tus fotógrafos lo han conseguido.

Maryland se quedó mirándolo fijamente en silencio durante unos segundos. Por fin, murmuró:

—Habla empezado a preparar la cena, con la intención de invitarte, naturalmente, pero antes creo que debo decirte algo que quizá te gustará menos que el álbum. Bueno, sin quizá: seguro que te gustará menos, Esmond.

—Entonces no me lo digas y cenemos tranquilamente.

—Nada de eso. Tengo que decírtelo: yo no me acuesto con cualquiera. Ni siquiera me muestro

desnuda a cualquiera. ¿Y sabes por qué?

—Claro que no.

—Pues te lo voy a decir. A los diecisiete años me enamoré de un muchacho hermoso y simpático, que a la semana siguiente me desfloró. Lo amaba. Y él a mí. Fue bonito todo, pero terminó, porque él tenía la cabeza llena de pájaros y había cientos de chicas como yo a su alcance. Me llevé un terrible disgusto, pero, claro, se me pasó no mucho después. Un año más tarde, conocí a un hombre sensacional, diez años mayor que yo, que me volvió loca. Por supuesto, nos acostamos juntos. Luego, me enteré de que estaba casado, y que, ni por asomo, pensaba dejar a su mujer y a su hijito...

—Escucha, Maryland...

—No, espera. Escucha tú. Hace casi dos años que trabajo en esto. Pronto empezaron a hacerme proposiciones de desnudos, y me dije que muy bien, ya que estaba estupendamente pagado, que aceptaba. De modo que he ganado mi buen dinero haciendo de modelo tanto en costura como en revistas. Y como comprenderás, tanto en uno como en otro ambiente, he recibido proposiciones de cama a montones. Y de gente que podía haberme enriquecido mucho. Muchas de mis compañeras lo hacen, se acuestan con los fotógrafos, los editores de las revistas, los jefes de los desfiles de modas, todo eso. Se divierten de veras, y además reciben regalos que no están nada mal, te lo aseguro. Pero yo nunca lo he querido hacer. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque me chinca un horror que venga un tipo a *utilizarme* para sus placeres como si yo fuese una muñeca hinchable, que más adelante puede cambiar tranquilamente por otra a golpe de dólar, de sonrisas, o de falsas promesas. Y te advierto que me gusta muchísimo hacer el amor, y que en realidad soy una caliente, pero me parece que sería capaz de matar al

siguiente que viniera a jugar conmigo como si fuese una muñeca hinchable. ¿Me has comprendido?

—¿Qué piensas preparar para cenar? —sonrió Esmond Wilson.

* * *

—Pues tenías razón: eres una caliente.

—¿Y eso te molesta? —lo miró expectante Maryland.

—Más bien me encanta —frunció el ceño Esmond—. A decir verdad, llevaba demasiado tiempo desconectado de estas cosas, y acabo de convencerme de que he estado haciendo el primo.

—¿Pues a qué has estado *conectado* durante tanto tiempo? —rió la muchacha.

—A cosas de la mente. Son importantes, mi amor, pero también hay otras cosas importantes.

—¿Tan apasionante es estudiar la mente?

—La mente y sus posibilidades. O mejor dicho, sus poderes. .. que tenemos adormecidos.

—Afortunadamente, no todo lo tienes adormecido.

Esmond sonrió, deslizó una mano por el desnudo cuerpo de Maryland, tendido junto a él en la cama, y se inclinó a besarle los pechos. En cuanto puso los labios sobre un pezón, Maryland suspiró, y pasó sus manos a la nuca de él.

—Esmond —susurró —, ¿te importaría hacerlo otra vez?

—Ya lo creo que me importa.

—¡Oh!

—Quiero decir que me importa, pero en sentido afirmativo. Como suele decirse, estoy sacando el cuerpo de penas.

Ella se echó a reír, arrebolado intensamente el rostro.

Esmond la abrazó, la besó en la boca, giró sobre

ella, y un instante después Maryland Douglas emprendía el cuarto vuelo de aquella noche...



Esmond despertó de pronto. Por unos segundos, todavía adormilado, no tuvo noción de nada, no recordó nada. Lo recordó de pronto, al oír la respiración de Maryland, que se dormida con la mejilla apoyada en su pecho, a él, en pleno contacto ambos cuerpos desnudos.

¿Qué le había despertado?

Permaneció inmóvil, escuchando, pero pronto comprendió que no era con el sentido del oído con lo que percibiría nada.

Era aquella sensación, que volvía... Como la noche anterior. Pero ahora era mucho más intensa; tanto, que sonrió.

Su mente percibió la presencia.

Muy despacio, movió el brazo izquierdo hacia la mesita de noche, en busca del interruptor de la lamparilla. Lo encontró, aspiró hondo y despacio, silenciosamente, y encendió la luz.

Esta vez no se sobresaltó.

La masa gelatinosa estaba allí, en el dormitorio, flotando al otro extremo del lecho. La luz arrancó destellos de los grandes globos oculares, que se movían suavemente, parecía mecerse como espigas de trigo al viento. El color de la masa era múltiple, bellísimos todos los tonos sobre el fondo castaño de tonalidades transparentes. La masa era casi tan como toda la cama, y ahora, sabiendo ya que existía una cosa así, habiéndola visto antes, no producía pavor alguno. Al contrario.

«De acuerdo... —envió mentalmente el mensaje Esmond —. De acuerdo.»

La masa se movió, se desplazó en perfecta

levitación hacia el centro de la cama, por encima de los cuerpos de Maryland y Esmond. Sus bordes ondulados se movían apenas.

Maryland se movió un poco, y la masa detuvo su avance, quedó flotando.

«No hay cuidado... —pensó Esmond—. Todo está bien. Adelante. »

La masa reanudó su desplazamiento. Parecía ahora que todo el dormitorio estuviese recibiendo la luz policroma del arcoiris, había destellos por todas partes. La masa quedó justo encima de Esmond y Maryland, y comenzó a descender. Todavía olía a flores. Pero, cosa extraña, también olía a tierra, a perro y a frutas...

Esmond permaneció inmóvil mientras la sobre él y Maryland. Percibió el primer contacto muy suavemente. Durante un instante, se hizo la oscuridad, cuando la cabeza de Esmond quedó metida dentro de la masa. Pero ésta terminó su descenso, y la cabeza de Maryland y la de Esmond atravesaron la masa, emergieron de ella, y casi enseguida parte de sus cuerpos.

Pero ya Esmond Wilson estaba percibiendo aquel insólito bienestar. Se sentía más ligero, y en su mente comenzaron a aparecer bellas imágenes desconocidas que lo dejaron atónito. Había un cielo verdiazul de maravillosa transparencia lumínica, y en él destacaban enormes estrellas rojas de bellísimo fulgor. Sentía como el aroma de un aire puro y ligero. Sus pies estaban en contacto con un suelo tierno y tibio, del que brotaban sorprendentes flores y pequeñas criaturas de resplandecientes plumajes y pieles que nunca había visto antes. Aparecieron cinco soles dorados, y un planeta verdoso rodeado de nubes sonrosadas, tan hermoso que cortaba el aliento. Por todas partes, de pronto, aparecieron masas gelatinosas volando sin alas, sólo ondulando su borde de semiesfera, de cabeza de medusa.

Y aquellas masas, aquellos seres, se estaban comunicando unos a otros ideas y pensamientos hermosos. Todo el aire puro estaba lleno de pensamientos hermosos...

Maryland despertó en aquel momento, se apartó un poco de Esmond, y le miró a los ojos, sonriendo.

—Te amo —dijo.

—No tienes necesidad de hablar —dijo él —. Yo sé muy bien lo que sientes. Las palabras son pobres ahora.

—Sí, es verdad, rió ella.

Hubo un momento en que Esmond pensó que Maryland no se había dado cuenta de la situación, que no había visto la masa, ni las antenas con los globos oculares en los extremos, pero pronto comprendió que no era así. Ella estaba plenamente consciente de la situación, de que había sido absorbida por la masa gelatinosa.

Pero no.

No habían sido *absorbidos*, o engullidos, como había sentido antes aquella sensación. No habían pasado a *poder* de otro ser, de otro cuerpo, de otro organismo, sino que *formaban parte de él*, con los mismos derechos a recibir que las mismas obligaciones a dar.

Dios bendito, estaban en simbiosis con aquella cosa.

«Pero es hermoso», percibió el pensamiento de Maryland.

—Sí. lo es.

—¿Estabas despierto?

—Sí.

—Debiste despertarme. Me habría gustado ver cómo ocurría.

La masa se elevó, despegándose de ellos, pero inmediatamente volvió a descender, de modo que Maryland vio cumplido su deseo de presenciar cómo se realizaba la simbiosis. Se echó a reír.

—Estoy viendo cosas nuevas, y siento que puedo ser mucho mejor y pensar más y mejor sobre todas las cosas que conozco. Y a ti te está pasando lo mismo, Esmond.

—Sí.

—Antes te he dicho que te amo.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Me gustaría volver a hacer el amor.

—A mí también.

Se besaron. Era como si la cosa no estuviera allí, como si ellos dos no estuvieran dentro de la cosa, de la masa gelatinosa que ahora olía a algo nuevo pero mucho mejor que todo lo conocido. La masa parecía abrirse ante ellos como se separan las nubes al viento. Se besaron en la boca apasionadamente, y luego, despacio, hicieron el amor, como si fuese lo único que podía hacerse. Maryland gimió, casi gritó, y finalmente gritó cuando obtuvo el placer, y poco después Esmond reía diciendo:

—Eres la hembra más caliente que he conocido, Maryland.

—¿Y qué quieres que haga? ¡Me gusta hacerlo, eso es todo! ¿Estás muy cansado?

—No lo sé. pero creo que no. Ahora vienen más.

—Sí, los siento llegar.

Miraron hacia la puerta del dormitorio, por donde pronto apareció otra masa, y luego otra, y finalmente la cuarta. Todas ellas fueron fundiéndose con la primera y con ellos dos. Algunas llevaban ratoncitos de campo en su masa gelatinosa, sacando la cabecita, mirando a todos lados con sus redondos ojillos negros. También llevaban flores. Y una figura de porcelana representando una madre amamantando a su hijo. En una de las masas parecía flotar como sobre gelatina un precioso gato siamés, que maullaba dulcemente, mirando a los ratoncitos de campo.

Todavía, poco después, llegaron dos seres más,

que formaron parte del conjunto simbiótico rápidamente. Uno de los seres portaba una pequeña radio a transistores emitiendo música.

Era todo tan extraordinario que ni Esmond ni Maryland se sorprendían ya por nada.

En realidad, lo estaban comprendiendo todo.

—Ellos nos dan felicidad —dijo Maryland —, pero nosotros no les damos nada, Esmond.

—Claro que sí. Estamos en simbiosis, y eso significa que todos los que forman parte de ella dan y reciben algo. La simbiosis no es como el parasitismo, en que sólo uno de los individuos, el parásito, se beneficia del otro. En la simbiosis, todos los simbiontes que la forman obtienen beneficios. Nosotros les estamos dando el calor de nuestra sangre.

—Es verdad. Tienen frío. ¿Has visto su planeta?

—Sí. Es hermosísimo.

—Podríamos llamarlo de algún modo. ¿Qué se te ocurre?

—El planeta Simbios.

—Sí. Nunca me había sentido mejor en mi vida.

—Quizá sea porque has hecho el amor hasta quedar satisfecha, por fin.

—Claro que no. En eso todavía no estoy satisfecha.

Se echaron a reír los dos. El gato siamés los estaba mirando, y uno de los ratoncillos de campo se atusaba los graciosos bigotes. Las flores olían bien, pese a que también olían a perro en alguna de las masas.

Llegó otra masa, flotando, y se simbiotizó rápidamente. Por un momento Esmond y Maryland sintieron frío, pero fue solo un instante, porque el calor de su sangre alivió al recién llegado.

—Pobrecillo... —dijo Maryland—. ¡Estaba helado! Estos últimos no han venido de mi desván.

—No. Debían estar escondidos en otros sitios

menos confortables. En tu desván se han alojado varios, porque están tranquilos. Tú te pasas la mayor parte del tiempo fuera de casa, nadie les incordia. El que vi con Patty debió venir a refugiarse aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Temiste asustarme?

—Así es.

—¿Y te has quedado conmigo esta noche en realidad para... protegerme, porque sabías que estaban por aquí?

—Creía que sólo había uno. No sabía qué era, pero sí sabía que no te haría daño alguno. De modo que si me quedé fue para echar unos cuantos polvos con la tía más buena que he conocido.

—¡No seas ordinario! —rió de nuevo Maryland.

—A ellos no les importa, ni a nosotros tampoco. Además, es divertido hablar así. Maryland, ellos están aquí desde que tú oíste los meteoritos aquella noche. Ellos son los meteoritos.

—Sí. Pero sólo aceptaban la simbiosis con seres o cosas que no les inspirasen temor. ¿Por qué debía inspirarles temor yo?

—Porque no podías comunicarte con ellos y eras un ser vivo. Patty sí percibía su presencia y su comunicación, quizá por la pureza de su mente infantil. Siempre he estado seguro de esto, Maryland: ¿Te has dado cuenta? Podemos comunicarnos con seres que horrorizarían a casi toda la Humanidad. Y eso es lo extraordinario: lo extraordinario es que haya no puedan lograrlo.

—¿Cómo lo has conseguido tú?

Abriendo mi mente, no congelándola con ideas y conceptos de nuestro modo de vivir, sino abriéndola a la vida en general. ¡Nadie querrá creer esto cuando lo cuente!

—Yo lo estoy creyendo, porque lo estoy sintiendo. No tengo tus facultades, pero al estar en simbiosis lo comprendo todo. ¿Qué pasará cuando

deje de estar en simbiosis?

—No lo sé. Pero lo sabremos cuando ellos se hayan calentado y se vayan. Me siento fatigado ahora. Presiento revelaciones futuras muy próximas, y quiero descansar.

Maryland sonrió, lo besó en la boca, y se acomodó de nuevo abrazada a él. Esmond Wilson apagó la luz de la mesita de noche, y se dispuso a dormir.

Segundos después dormía profundamente.

CAPITULO V

Cuando despertaron estaban solos. En la cortina de la ventana del dormitorio se reflejaba la luz del día, como esparciéndose suavemente. Veinte minutos más tarde, tras haber comenzado el día del modo más agradable, se levantaron y se ducharon juntos, riendo.

—¡No me he sentido más feliz en mi vida! —aseguró Maryland.

—¿A qué crees que puede ser debido? —preguntó maliciosamente Esmond.

—A todo un poco.

—No sé si esa respuesta me satisface —gruñó él.

Mayrland rió, le besó, y salió de la bañera.

—Están arriba, en mi desván —dijo-. ¿Vamos a verlos?

—Naturalmente.

Poco después entraban en el desván. Los deseos de felicidad que brotaban al parecer de todas las partes de la casa eran allí mucho más intensos. Y, en efecto, vieron allí a tres simbiontes, apaciblemente inmóviles, con sus antenas erguidas, moviendo los ojos hacia ellos.

—Me pregunto como entran y salen de los sitios —dijo Maryland.

Uno de los simbiontes se alzó, se elevó suavemente hacia la cabinilla del desván, y pareció estirarse, alargarse, como si fuese humo que escapaba por una rendija. Al poco, entró, por el mismo procedimiento, y Maryland se echó a reír.

—¿Crees que saben inglés? —preguntó.

No necesitaban saber idioma alguno. No se entienden por medio de sonidos más o menos convencionales o establecidos, sino por contactos mentales, por ideas. Más claro y sencillo: son telepáticos. Genuinamente telepáticos.

—Pues yo no he tenido nunca esa facultad, y sin embargo los entiendo. ¿Cómo es posible?

—No sé. pero lo mismo me pasa a mí. Claro que yo había recurrido ya a la telepatía en muchas ocasiones, experimentalmente. Debemos suponer que pueden traspasar en mayor o menor grado parte de sus facultades.

—Me parece que vuelven a tener frío. Su planeta es más caliente que el nuestro.

—Podemos darles un poco de calor. ¿Estás de acuerdo? -Sí.

No dijeron nada más, pero los tres simbiontes se elevaron, se acercaron a ellos, y realizaron la simbiosis, uno con Maryland, y dos con Esmond. Ambos se echaron a reír cuando vieron al otro como envuelto en masa gelatinosa desde la mitad de pecho hasta las rodillas. El efecto era cómico, ciertamente, tomado por el lado bueno.

No tuvieron ninguna dificultad en moverse estando en simbiosis. Simplemente, volvieron a la planta baja, formando el más sorprendente conjunto vital que pudiera imaginarse en la Tierra. Uno de los simbiontes que estaban con Esmond se separó, y se desplazó hacia la piedra que Maryland tenía de adorno, y entró en simbiosis con ella.

Y justo en el momento en que Maryland y Esmond comprendían, se oyó afuera la llegada de un

automóvil.

Ese es Harold —dijo Esmond.

La simbiosis se deshizo rápidamente. Los simbiontes emprendieron el regreso al desván, y Esmond, decepcionado, se dirigió a la puerta de la casa. Cuando la abrió, Harold Rich estaba apeándose de su coche. Vio a Esmond en seguida, sonrió de un modo extraño, y dijo:

—Ajajá, de modo que he sabido encontrarte.

—Hubiese preferido que no, Harold —dijo Esmond.

—¿Y eso por qué?

—Porque traes malas noticias.

—Malas? ¡Por el contrario, son extraordinarias!

—Son malas.

—Ya verás como no, hombre... —rió Rich, acercándose—. Oye, éste es un bonito lugar. Espero que la chica esté acorde con el paisaje. ¿No está ella en casa?

Maryland apareció en la puerta, causando el maravillado pasmo de Rich. Esmond gruñó las presentaciones, y entraron los tres en la casa.

—¿Ha desayunado usted, señor Rich? —se interesó Maryland.

—Pues no. Y los amigos me llaman Harold, naturalmente.

—Me temo que no voy a poder ser amiga de usted, señor Rich.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que pasa aquí? ¡Vengo personalmente a darles la más extraordinaria noticia del mundo y me reciben con malas caras!

—La piedra no era de usted, ¿verdad? —dijo acremente Maryland—. No debió permitirlo.

—Permitir... ¿qué?

—Que se la quitasen y...

—Maryland —advirtió suavemente Esmond—, será mejor que dejemos a Harold explicarse, querida.

—Espera un momento... —farfulló Rich —. Tu

linda amiguita estaba hablando como si supiera ya lo que ha sucedido, y eso no puedo entenderlo. ¿Alguien os ha llamado por teléfono, os ha adelantado la noticia?

—No.

—Pues ella parecía saber...

Maryland, que había comprendido ya su error al poner de manifiesto la facultad adivinatoria que incluso la había sorprendido a ella, desvió la conversación hacia un tema más vulgar:

—De todos modos, está invitado a desayunar, si lo desea.

—Claro que sí. Me he pasado la noche de pasmo en pasmo y yendo de un sitio a otro. ¡Estoy muerto de cansancio y de hambre! Esmond: adivina qué es realmente tu piedra.

Esmond abrió la boca, titubeó un instante, y mintió:

—No tengo ni idea. Bueno, entra y nos lo explicas todo.

—La cuestión es muy simple —dijo Rich, entrando en la casa—; tu piedra no es tal piedra, sino un organismo vivo en embrión. Si lo prefieres dicho de otro modo, es un feto.

—Ah, bien.

—¿Suele tomar café en el desayuno, señor Rich? —preguntó Maryland.

—¡Demonios! —exclamó Rich, deteniéndose—. ¡Parece que no habéis entendido lo que acabo de decir!

—Sí, hombre — apaciguó Esmond —. Pero... ¿tomas café o no?

—Claro que sí. Maldita sea, es un feto, ¿lo entendéis?

—Será mejor que conversen en la salita —dijo Marylan—. Yo voy a preparar el desayuno.

—¿No le interesa enterarse de lo que tengo que decir? — la miró sorprendido Rich.

—Oh, ya me enteraré..., quiero decir que luego me lo explicará Esmond.

—Ya. Bien, de acuerdo, allá usted. Pero sepa que es la chica menos curiosa que he conocido en mi vida.

—Eso, además de estar como un tren — sonrió Maryland.

Se dirigió hacia la cocina, mientras Harold Rich enrojecía intensamente, porque justamente había estado pensando de Maryland Douglas lo que ella había dicho. De pronto, miró sobresaltado a Esmond.

—Oye, ¿no será una bruja tu amiga?

—Pero sin escoba. Bueno, dime lo que sea.

Entraron en la sala. Rich vio inmediatamente la piedra sobre la mesita rinconera, y se acercó a ella. Estuvo unos segundos observándola antes de volverse hacia Esmond.

—Otro feto...

—Ya te expliqué que al parecer había caído una lluvia de meteoritos en esta zona, ¿no? Las gentes de por aquí creyeron que eran piedras, y, como ha hecho Maryland, muchas personas recogieron algunas para llevárselas a sus casas como adornos.

—Pues las tendrán que devolver. Ya te he dicho que son fetos, en la opinión de Raymond Hawkes y de unos colegas suyos a los que ha reunido esta noche. Tan convencidos han quedado de que son fetos que han pasado aviso al Gobierno, quien ha encargado al Centro de Investigaciones Científicas que atienda el asunto. Porque, entiéndelo, Esmond, esos fetos no son... conocidos. No son de la Tierra. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—De lo que no me doy cuenta es de lo que pensáis vosotros que significa —mintió de nuevo Esmond.

—Simplemente, esto podría ser el principio de una invasión extraterrestre.

Esmond Wilson soltó un bufido, se dejó caer en

un sillón, y encendió un cigarrillo, Rich acudió a sentarse frente a él,

—¿Qué ha significado ese bufido? -gruñó.

—Que me pareces un chiflado, un fantasioso.

—Sí, ¿eh? Vamos a suponer que, en efecto, llegaron a este lugar como meteoritos. ¿Realmente crees que pudieron llegar a la Tierra por sí mismos desde el exterior? Habrían muerto, ¿sabes? De modo que la general de los expertos que se están haciendo cargo del asunto es que esos fetos llegaron aquí tal vez cayendo, pero no desde el espacio exterior, sino desde una nave... o varias. Y digo varias porque lo más seguro es que haya fetos como ese en muchos otros puntos de nuestros planeta. ¿Me entiendes ahora?

—Claro.

—¡Bravo! ¿Cuántos fetos crees que pudieron caes en esta zona?

—No tengo ni idea.

—Bueno, supongamos que cien nada más. Pero multiplica cien por mil puntos de nuestro planeta y tendrás cien mil fetos de unos seres desconocidos cuyo nacimiento y posterior desarrollo, así como las consecuencias de esto, son totalmente imprevisibles. Pero compliquemos más el asunto, si quieres: ¿cómo podemos estar seguros de que dentro de poco no nos enviarán otros cien mil fetos, o quizá un millón..., o cien millones?

—No tienen el menor interés en permanecer aquí. Por el contrario, lo que desean es ser recogidos y alejarse.

—¿De qué estás hablando? —casi gritó Rich.

—Bueno, yo también puedo exponer teorías, ¿no? ¿O quizá vas a decirme que eso no pasa de ser una teoría?

—Tal vez sea sólo una teoría, pero la cosa está preocupando mucho en Washington, de modo que han ordenado realizar una vivisección en el feto

que...

—¡No hagáis eso!

—Vamos, no seas absurdo. Es sólo un feto foráneo, y puede resultar peligroso para nosotros. De modo que así están las cosas. Seguramente esta misma mañana comenzarán a pedir por todos los canales de televisión que todas aquellas personas que recogieron piedras en esta zona, o piedras parecidas en cualquier otra zona, vayan llamando a determinados números telefónicos para recibir instrucciones para su entrega a agentes del Gobierno.

—Tal vez no quieran devolverlas.

—Lo harán, cuando se les diga que existe el riesgo de que contengan radiactividad. ¡Vaya si se apresurarán a entregar esas piedras, y a someterse a examen especializado!

—Maldita sea, Harold, eso es jugar con la gente. Y asustarla.

—El Gobierno no quiere que quede ni una sola de esas piedras por controlar. Y según el resultado de la vivisección del feto que tú me entregaste, se procederá a su incineración, o algo parecido. Y otra cosa: se van a tomar medidas especiales de vigilancia espacial, pues se teme que tengamos cerca de la Tierra varias naves extraterrestres.

—Seguramente sólo han enviado una, y todavía está lejos.

—Te advierto que no entiendo nada de lo que dices. Es decir, lo entiendo, pero no te comprendo. ¿Qué demonios sabes tú de esa nave?

—Hay una parte del asunto que me ha parecido bien: recoger todas las piedras que se llevaron de aquí. Pero que no busquen en ninguna parte más, porque no encontrarán. Sólo cayeron en esta zona. Lo que tenemos que hacer es reunir aquí a todos esos fetos, y esperar que vengan a por ellos. Sólo eso, Harold.

—Me parece que estás loco — sonrió Rich.

—La nave de la que proceden pasaba muy lejos de la Tierra, pero se produjo una avería que los controles indicaron que iba a terminar con la desintegración de la nave. Entonces desviaron su ruta acercándose a la Tierra, y proyectaron hacia aquí a los ocupantes de la nave, que efectivamente se desintegró poco después, tras pasar la información de las medidas de emergencia tomadas, indicando que los náufragos están esperando ser recuperados en la Tierra.

Harold Rich, que escuchaba con la boca abierta y los ojos casi desorbitados, sacudió de pronto la cabeza, y exclamó:

—¡Dios nos valga, estás verdaderamente loco, Esmond!

—Harold: nos espera una gran calamidad si les hacemos daño a esas criaturas.

—¿Qué calamidad?

—La más terrible que puedas imaginarte.

—¡Maldita sea, dime de qué estás hablando!

—Llama a Hawkes, dile que avise al Gobierno de que se limiten a recoger las piedras y traerlas aquí, y todo terminará bien. De lo contrario, será terrible.

—¡Pero no puedo limitarme a decir eso, tengo que decir algo más, algo concreto, o pensarán que estoy loco..., que los dos estamos locos! ¿A qué terrible amenaza te refieres?

—No es una amenaza. Sería una consecuencia de nuestra perversa acción, simplemente.

—¡No entiendo nada!

—¿Te gustaría entenderlo? — sonrió divertido Esmond.

—¡Naturalmente!

—De acuerdo. Entonces, escúchame con toda tu atención, y luego haz exactamente lo que yo te diga. En primer lugar, acomoda tu mente a la idea de que vas a ver algo realmente extraordinario, pero de lo

que no debes esperar mal alguno. Luego, muy despacio, vuélvete.

Harold Rich parpadeó. Se pasó la lengua por los labios, aspiró hondo, y comenzó a volverse. Tres segundos más tarde vio a Maryland. El rostro de Rich se demudó, su boca se crispó, sus ojos quedaron desorbitados, fijos en la muchacha y en el simbionte que la rodeaba desde la mitad del pecho hasta las rodillas. Maryland llegaba con el servicio del café, tan tranquila, sonriente, como si tal cosa. Sobre la mesa gelatinosa flotaban algunos huevos, dos flores, y una cajita de música, que comenzó a sonar dulcemente.

—Dios... mí... mío... —tartamudeó Rich.

Los otros dos simbiontes entraron en la sala, y uno de ellos se simbiotizó con Esmond, mientras el otro lo hacía con la piedra que había en la mesita rinconera.

—Solamente entran en simbiosis con las cosas que no temen o que les hacen gracia —explicó Esmond—: flores, niñas, ratoncitos de campo, pajarillos, cajas de música o radiotransistores..., o huevos. Les deben recordar sus fetos; me refiero a los huevos.

—¿Se pone azúcar en el café? —preguntó Maryland.

Rich se relajó, pareció deshincharse súbitamente, y escondió el rostro entre las manos.

—Le advierto —dijo Maryland— que mientras esté en ese estado de confusión mental ni siquiera puedo adivinar si le pone azúcar o no, señor Rich. Bueno, sírvanse ustedes mismos mientras voy a por el resto del desayuno.

La muchacha salió de la salita con el simbionte. El que estaba con la «piedra» se elevó, con ésta, se acercó a Esmond y al otro simbionte, y pasó a formar parte del conjunto. Rich, que de nuevo prestaba atención a su entorno, se pasó una mano por la frente.

—Esmond... —jadeó —. Esto no será una de tus bromas de parapsicología, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Te gustaría entrar en simbiosis?

—¡No!

—Tú te lo pierdes. Verías las cosas con más claridad, y lo comprenderías todo mucho mejor. Si entrases en simbiosis no haría falta que yo te explicase nada más, ni tendría que esforzarme en convencerte de que todo cuanto te he contado es rigurosamente cierto. Y hasta sabrías cuál es la terrible calamidad que nos espera si exterminamos a los simbiontes.

—¡Dímelo tú!

—No. Incluso verías Simbios, el planeta de donde proceden: ellos proyectarían su imagen desde su mente a la tuya.

—¡No me digas que estas cosas tienen mente!

—Ya lo creo que sí. Pero no busques un... cerebro, olvídate de nuestros patrones de vida, de nuestras formas y sistemas orgánicos... Simplemente, acepta las diferencias, no monstruosidades o algo parecido.

—Necesito beber algo... ¡Necesito un trago!

—Allí tienes una botella de whisky —señaló Esmond—. Pero creo que es muy temprano para eso.

—¡Necesito ese trago!

—Pues tómalo, hombre... ¿Te gustaría saber qué nos espera después de la muerte?

—¡No me digas que tú lo sabes!

—Ahora, sí — sonrió Esmond —. Acabo de enterarme. Discúlpame un momento, tengo que telefonear al señor Murray para darle una excelente noticia.

Esmond alcanzó el teléfono, y marcó el número de los Murray. La respuesta se demoró tanto que estuvo a punto de colgar. Oyó la voz de Robert Murray, presurosa:

—¿Sí?

—Señor Murray, soy Esmond Wilson. Estoy en casa de Maryland. ¿Se disponía usted a ir al hospital para ver a su esposa?

—Sí... En efecto, sí. Precisamente estaba pensando en dejarle la niña a la señorita Douglas, si no es molestia.

—No se preocupe por la niña, señor Murray. Llévela con usted al hospital, recojan a su esposa, y vengan aquí. Maryland y yo les estaremos esperando. Haga exactamente lo que le he dicho, señor Murray.

—Bueno... No sé... Preferiría que Patty no viese a mi mujer en ese estado, y además no creo que me permitan sacarla del hospital. Ni me parece prudente, la verdad.

—En ese caso, espéreme. Le acompañaré al hospital, y volveremos con su esposa. ¿De acuerdo?

La respuesta de Murray se demoró bastante, y no sonó precisamente muy convencida:

—Señor Wilson, le espero a usted, agradecido además por todo su interés, pero ya veremos qué hacemos con Helen cuando estemos allá. ¿Le parece bien?

—Naturalmente. Déme diez minutos para desayunar y nos vamos juntos al hospital.

* * *

—Pero... ¿qué pretendes hacer? —insistió Warwick Morgan.

—Dejar una cama libre en el hospital —sonrió Esmond—. Escucha, sólo quiero que nos dejéis a solas a la señora Murray, a mí y a la niña.

—Esmond, he pasado una noche infernal, apenas he dormido, y he sido agriamente censurado por haber recurrido a ti para estas cosas. Ya sé, ya sé,

yo te llamé, pero tal como están las cosas...

—Hace cuarenta horas que Helen Murray se halla en ese estado, Warwick. Sólo te estoy pidiendo cinco minutos.

—Está bien. Cinco minutos. Pero con una condición: si consigues sacarla de ese estado tendrás que decirme cómo lo habrás conseguido.

—¿Por qué no?

—De acuerdo.

Esmond tendió la mano a Patty, que estaba junto a su padre. Bob Murray, que había estado mirando de uno a otro doctor, no parecía tenerlas todas consigo, pero la firme actitud de Esmond terminó de convencerlo.

Patty se tomó de la mano de Esmond, y entraron los dos en la habitación. La joven y bonita señora Murray seguía igual, sentada en el lecho, la expresión ausente, los ojos in- móviles. Esmond colocó una silla junto a la cama, v sentó en ella a Patty; él se sentó en el borde de la cama.

—Ahora, Patty, no vas a tener que hablar, sólo pensar. Como si estuvieses conversando con tu amigo, ¿lo recuerdas?

—Sí -sonrió la niña.

—Pues imagínate que estás hablando con él, ya sabes cómo, pero pensando lo siguiente: mamá, estoy bien y contenta, vámonos a casa. ¿Te parece que vas a recordarlo bien?

—Sí.

—Pues adelante. Recuerda, es como si estuvieras jugando con tu amigo en el jardín de casa.

—Sí.

La niña cerró los ojos, y Esmond hizo lo mismo. Tan sólo tres segundos más tarde captó los pensamientos de la niña. No eran exactamente palabras pensadas, sino el mensaje en si. Lo captó con una nitidez increíble. La niña envió dos o tres veces el mensaje, pero se distraía. En cierto modo,

Esmond Wilson estaba asustado. Comprendía ahora que en las varias ocasiones en que Patty se había relacionado con su amigo simbionte había adquirido un desarrollo mental que no correspondía a su edad, ni muchísimo menos. Por supuesto que no se trataba de que fuese a aprender a leer y sumar más pronto que otras niñas, pero su nivel de comprensión mental y de comunicación era ya sencillamente impresionante. ..

—¡Qué tonta he sido! —oyó.

Esmond abrió los ojos, y vio a la señora Murray que en aquel momento miraba a su hija, lanzaba una exclamación de alegría, y se apresuraba a tomar a la niña en brazos.

—¡Patty, cariño...! ¿Te he asustado?

—No, mamá —dijo la niña.

—¿No estabas asustada, mi vida?

—No. Ya estás bien, ¿verdad? ¿Podemos irnos a casa?

—Claro que sí, mi... ¿Quién es usted? —miró de pronto a Esmond.

—Es mi amigo, mamá. Como el otro. No te asustes.

—No me asusto —susurró la señora Murray—. Dios mío, es que... lo que vi...

—Realmente no se la puede censurar demasiado, señora — sonrió Esmond —. Pero creo que la experiencia ha sido interesante... para todos. ¿Cómo se siente?

—No sé... Creo que bien.

—Lleva dos días sin comer ni beber, pero eso no tiene importancia. Su marido está esperando afuera.

—¡Oh! ¿Sabe... sabe él lo que vi?

—No. Y será mejor que se lo explique cuando estén a solas, que no les oiga nadie. Bien, tengo cosas que hacer... Le diré a su marido que ya puede entrar. Nos veremos en Litchfield Park.

—Pero... usted no vive por allí.

—Pronto viviré. Es un sitio muy agradable. A propósito, me llamo Esmond Wilson, y soy el amante de Maryland Douglas.

La señora Murray abrió mucho los ojos. Luego, de pronto, se echó a reír. Y su risa atrajo al señor Murray, que abría la puerta en el momento en que se disponía a hacerlo desde dentro Esmond. Los dos se miraron, el señor Murray lanzó un grito al ver a su esposa riendo y abrazando a su hija, y se abalanzó hacia ambas.

La cabeza del doctor Morgan apareció por detrás de

—Pero... ¿cómo lo has conseguido?

—Ven —le asió Esmond por un brazo —, vamos a tu despacho.

CAPITULO VI

Warwick Morgan había ido pasando del asombro a la incredulidad, de la incredulidad a la desconfianza, y de ésta a la inicial convicción de que su amigo Esmond se había vuelto loco. Pero, finalmente, tuvo que adaptarse a las explicaciones de Esmond, o no habría podido continuar la conversación.

—Todo eso que me has contado es fantástico, Esmond, y tienes que comprender que...

—Puedes convencerte por ti mismo... —le interrumpió Esmond—. Si te atreves, claro.

—¿Quieres decir que me estás... invitando a simbiosis con esos seres?

—Espero que ellos te acepten. ¿Te atreves tú?

—Vaya una pregunta idiota... ¡Claro que me atrevo, coño! Y nos vamos para allá inmediatamente. ¡Y digo inmediatamente, así que no me vengas con evasivas!

—Pero si no he dicho nada —sonrió Esmond.

Media hora más tarde, cada uno en un coche,

llegaban ante la casa de Maryland, Morgan detrás de Esmond. Se apearon ambos, y cuando Morgan caminaba hacia el porche Esmond le tomó del brazo.

—Están en la parte de atrás, en la piscina.

—¿Cómo lo sabes?

Esmond encogió los hombros. Rodearon la casa caminando por el pequeño y bonito jardín. Esmond retuvo a Morgan cuando estaban cerca de la piscina.

—Recuerda lo que hemos hablado. Nada de sustos, Warwick. Sorpréndete todo lo que quieras, pero ya sabes que no debes temer nada.

—Que sí, coño.

Doblaron la esquina de la casa, y, pese a que Morgan había sido advertido cumplidamente, quedó con los pies clavados al suelo. Había allí una pequeña piscina, cuyas azules aguas espejeaban al sol. Junto a la piscina vio a la señorita Douglas y a Harold Rich, tomando el sol, vueltos ahora hacia ellos, sonrientes.

Pero no estaban solos.

Harold Rich estaba en simbiosis con uno de los seres que parecía talmente un jarrón de flores lleno de pájaros, que parecían querer competir musicalmente con la pequeña radio que flotaba en la masa gelatinosa.

—Les encanta la música — dijo Esmond.

Warwick Morgan ni siquiera le oyó. Ni oyó a Maryland cuando ésta le saludó alegremente:

—¿Qué tal, doctor? Le estábamos esperando.

La muchacha no estaba en simbiosis, pero junto a ella había seis simbiontes, lo que no sorprendió a Esmond en modo alguno. Tres de ellos estaban en simbiosis con no menos de seis piedras-feto cada uno. Los otros tres tenían en su masa gelatinosa ratones de campo, el gato siamés, un perro callejero, pájaros, flores, una cajita de música, un sorprendente reloj cuco, una batidora... Había un aroma dulcísimo en el ambiente.

—Otra cosa que les encanta es el sol — explicó Esmond —. Ellos tienen cinco en su planeta, y están acostumbrados a un calor intenso. Pero aquí se esconden en los desvanes, porque nos temen. Bueno, ahora ya no, al menos a nosotros. El que tiene más pájaros en simbiosis es el amigo de Patty Murray.

Morgan se pasó las manos por la cara. Luego, volvió su desorbitada mirada hacia Esmond.

—¿Qué hago? — susurró.

—Si realmente quieres entrar en simbiosis, sólo deséalo, y con seguridad te complacerán. ¡Caramba, yo también voy a tomar el sol! No creo que a nadie le importe que me quede en calzoncillos, ¿verdad?

Se desnudó rápidamente, quedando sólo con los Wong, y se tendió junto a Maryland, que tomaba el sol en monokini. Esmond la besó en la boca, y luego en un pecho. Maryland rió. Morgan seguía inmóvil, como clavado al césped.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Esmond.

—Ya sabes que bien. Harold llamó a Raymond Hawkes citándolo urgentemente aquí, dándole una pequeña explicación, así que sólo tenemos que esperar su llegada. Harold se está divirtiendo de lo lindo, y dice que se siente mejor y más listo que antes. ¿Verdad, Harold?

—Ya lo creo —dijo Rich—. Pero desde luego, si me llegan a decir que esto podía suceder me muero del susto.

—Pues ha sucedido y no te has muerto —dijo Esmond.

—¿Sabes? —rió Maryland—. ¡Te va a sentir muy bien tomar el sol, querido!

—Eso espero. Poco a poco irán viniendo todos... —señaló a los simbiontes —. Cielos, hay más de cincuenta, todos escondidos, todos asustados. No ya de nosotros, pero sí de la gente que ven.

—Se irán acercando en cuanto tengan la oportunidad de hacerlo sin ser vistos. Esperemos que mientras tanto a ninguna ama de casa se le ocurra ir a poner en orden su desván... ¡Ahí llegan dos más!

—Están contentos, porque se han enterado de que aquí no deben temer nada y que van a reunir en este lugar los fetos que se llevaron... Pero bueno, Warwick, ¿qué estás esperando?

Morgan tenía alzada la cabeza, fija la mirada en los dos simbiontes que llegaban volando de aquel modo majestuoso y sosegado. Talmente como medusas oscuras sin filamentos. Los dos simbiontes descendieron junto a la piscina. Uno de ellos, además de flores, llevaba una gorra de *baseball* de niño, de bonitos colores, en su masa gelatinosa. El otro todo un enjambre de pájaros y un espejo de mano, que centelleaba al sol.

Warwick Morgan estaba comenzando a experimentar una gran sensación de paz. De pronto, suspiró hondamente, y se sentó en el césped, cerca de Rich. Uno de los simbiontes que estaban cerca de Maryland se elevó, se acercó a Morgan por encima de éste, y comenzó a descender. Morgan lo miró asustado, y el simbionte se alejó.

—As! no lo conseguirás —dijo Esmond—. Si les tienes miedo, o expresas alguna sensación agresiva, todos se irán, Warwick.

—Lo... lo siento, pero... Bueno, comprende que...

—Acepta las cosas, y todo irá bien.

Morgan asintió, y quedó inmóvil. El simbiontes volvió sobre él, descendió lentamente, y se produjo la simbiosis. Warwick Morgan comenzó a sonreír.

—Tómeselo con calma —dijo Maryland —. Eso es sólo el principio.

Media hora más tarde había no menos de veinte simbiontes en el jardín de Maryland Douglas, tomando el sol, en simbiosis con los terrestres y

algunos de ellos entre sí. Iban apareciendo también, sobre las masas gelatinosas, numerosos fetos, que al parece habían podido ser retenidos por los simbiontes.

Fue entonces cuando llegaron los Murray. La primera en aparecer, corriendo, fue la pequeña Patty, a la que inmediatamente acudió a recibir su amigo simbiontes, entrando en simbiosis con ella. La niña estaba riendo cuando sus padres aparecieron lentamente por la esquina de la casa, tomados de la mano.

La señora Murray parecía bastante tranquila, pues aunque un poco vagamente, había recibido por parte de su hija la información telepática de lo que ocurría, pero el señor Murray, aunque avisado, estaba pálido, y no pudo evitar una exclamación de espanto.

Hubo un lento movimiento entre los simbiontes, como un ondular de alas, al captar la reacción de Bob Murray, pero se tranquilizaron rápidamente. Los Murray no acertaban a decir palabra. Contemplaban a su hija en simbiosis, jugando con algunos de los pajarillos asimismo simbiotizados.

—Señor Murray — dijo Esmond —, si desea ponerse completamente al corriente de esto será mejor que acepte la simbiosis. Ya ve que no ocurre nada malo. Al contrario.

Quince minutos más tarde habla casi treinta simbiontes en el jardín. Algunos de ellos llegaban completamente helados, y cuando se producía la simbiosis con los terrestres éstos experimentaban una primera sensación de frío. Pero eso era todo, y además desaparecía muy pronto.

Casi al mediodía, el número de simbiontes se aproximaba a los cuarenta.

Fue entonces cuando todos oyeron el rumor de un helicóptero acercándose.

Y casi enseguida, vieron el aparato, que estaba

describiendo círculos por la zona. Rich se puso en pie, se colocó junto a la piscina bien a la vista, y comenzó a agitar los brazos.

* * *

—Allí, profesor Hawkes —señaló el piloto—, en ese jardín en el que hay... Bueno, no sé lo que hay. Pero veo a un hombre haciéndonos señas.

—Ese es Rich... — asintió Raymond Hawkes—. ¿Puede descender en el jardín?

—Está lleno de cosas, de modo que tendré que tomar tierra fuera de él. Pero lo dejaré muy cerca. ¿Tengo que esperarle?

—Por el momento, sí. Si decido quedarme le avisaré.

El helicóptero descendía ya en diagonal, acercándose a la casa de Maryland, cuando el piloto vio a los dos simbiontes que volaban en la misma dirección, resplandeciendo con bellísimos colores a la luz del sol.

—Santo Dios... —jadeó el hombre —. ¿Qué es *eso*?

Durante unos segundos, Hawkes no pudo reaccionar. Durante el viaje se había estado preguntando si Harold Rich se había vuelto loco cuando le dijo aquellas cosas por teléfono. Ahora, no tenía más remedio que comprender que el mineralogista no había perdido sus facultades mentales en medida alguna.

—Será mejor que aceptemos lo que veamos —dijo por fin

Hawkes—. No se asuste por nada, o nos vamos a matar.

—Pero... ¿Qué es *eso*?

—Simbiontes.

—¿Qué?

—Maldita sea, ocúpese de los mandos, o nos vamos a hacer papilla.

El piloto consiguió apartar la mirada de los dos simbiontes que volaban cerca de él, y que parecían caer en el jardín como hojas de árbol, describiendo una línea de zig-zag, blandamente, dulcemente. El espectáculo era impresionante, pero tan hermoso que el piloto se tranquilizó rápidamente. Cuando pasaron por encima de jardín vio la masa de simbiontes y las numerosas simbiosis. Segundos después, desorbitados los ojos, tomaba tierra a treinta metros de la piscina.

—Algo terrible va a pasar... — murmuró Hawkes —. ¡Algo terrible, y no sé cómo evitarlo!

—¿Qué es lo que va a pasar?

—Usted quédese en el aparato. Ya le avisaré.

Hawkes saltó, y se acercó al jardín, en el cual había ahora un movimiento general de inquietud. Patty miró .asustada a Hawkes cuando éste llegó junto a la piscina, y Esmond y Rich se pusieron en pie, exclamando el último:

—Maldita sea, profesor Hawkes... ¡No!

Demudado el rostro, con los ojos casi fuera denlas órbitas, Hawkes dejó de mirar a todos los lados para mirar a Rich.

—No... ¿qué? —jadeó.

—¡Lo van a hacer! ¡A pesar de todo lo van a hacer! ¿No les dijo usted que no efectuaran la vivisección?

—Sí..., claro. Les dije que hasta mi regreso no la hicieran...

—¡Pues la van a hacer!

—¿Cómo demonios puede saberlo? —casi gritó Hawkes.

—Todos lo sabemos — intervino Esmond —, y ellos mejor que nadie.

Señaló a los simbiontes, que se estaban separando rápidamente de los terrestres y entre sí.

Súbitamente, Raymond

Hawkes experimentó una profunda sensación de tristeza. Una tristeza tan enorme que de pronto comenzó a llorar, a lágrima viva, como un niño terriblemente herido... Patty Murrav también comenzó a llorar, y enseguida lo hicieron la señora Murray y Maryland Douglas.

Los simbiontes se estaban elevando, con rapidez impensada hasta entonces en ellos, siempre lentos y majestuosos. Esmond Wilson comenzó a enviarles desesperadamente el mensaje de que no se fueran, de que todavía se podía arreglar todo, pero su mensaje mental era mucho menos fuerte, mucho menos intenso que el que estaba recibiendo por parte de los simbiontes: éstos sabían que, en alguna parte, acababan de privar de la vida a un veto al proceder implacablemente a la vivisección.

* * *

El teléfono de la comisaría de Litchfield Park seguía sonando mientras el sargento Ward aullaba ante la mesa de su jefe, el comisario David Pynter:

—¡Que me maten si no he entendido bien, señor! Se lo juro: algo así como grandes sombrillas de colores volando...

—Algún bromista, sargento.

—Es que no ha sido uno solo, señor. Han sido varias mujeres las que han llamado... ¡Y siguen llamando! Están muertas de miedo. Y una de ellas asegura que ha visto una de esas sombrillas saliendo del interior de su casa.

—Volando, ¿eh?

—Sí... Sí, señor: volando.

—Escuche, sarg...

Un agente entró atropelladamente en el despacho, sin pedir permiso.

—¡Señor, acaban de llamar del coche patrulla número dos! ¡Dicen que han visto unas extrañas cosas volando sobre la zona residencial!

—¿Cómo sombrillas de colores? —saltó Ward.

—Algo así... ¡Dicen que es algo increíble, nunca visto!

El comisario Pynter parpadeó. El teléfono seguía sonando. Ante él, Ward le miraba expectante. Masculló una maldición y se puso en pie.

—Que vayan todos los coches a la zona residencial, Peter. ¡Y que alguien atienda esos malditos teléfonos y diga que nos estamos ocupando del caso! ¡Usted venga conmigo, Ward!

* * *

En el jardín de la casa de Maryland Douglas todos los terrestres estaban ahora llorando amargamente, no se libraba ni uno solo de ellos. A través de las lágrimas veían a los simbiontes elevándose y alejándose en todas direcciones.

—Oh, Dios mío —gemía Harold Rich—, es verdad, está sucediendo, va a suceder, ¡vamos a morir todos! ¡Y de qué modo tan horrible!

—No puedo entenderlo... —sollozó Raymond Hawkes —. ¡No consigo entender lo que pasa! ¡Y no puedo dejar de llorar!

—¡Es terrible! —hipó Maryland —. ¡Esmond, tenemos que hacer algo!

Ante los mandos del helicóptero, el piloto oía las voces de las personas que estaban llorando a lágrima viva en el jardín, sin darse cuenta de que también él estaba llorando copiosamente. No entendía nada de nada, pero sentía una congoja horrible, una tristeza infinita...

—¿Qué podemos hacer? —lloraba Esmond —. ¡Ya han matado al feto simbionte, ya está muerto, ya

no se puede hacer nada!

—Por favor — gimoteó Hawkes —, ¿alguien puede explicarme lo que ocurre?

—Yo se lo diré... — sollozó Rich —. Esmond me lo dijo a mí, pero no quise creerlo. Ahora no tengo más remedio que admitirlo, profesor: todos vamos a morir de tristeza.

—¡No digas tonterías! —hipó desconsoladamente Hawkes.

—No es ninguna tontería... ¡Los simbiontes están tristísimos, y nosotros estamos recibiendo su tristeza mentalmente! Ellos la podrán soportar, pero nosotros moriremos de tristeza, profesor.

—¡Pero hombre, no sea histérico! ¡Eso no puede ser!

—Pronto se convencerá de lo contrario... ¡Es la mayor calamidad que podamos imaginar, porque nadie puede escapar a la tristeza, llegará a las mente de todos! ¡Dios bendito, vamos a morir de tristeza!

CAPITULO VII

El coche policial de cabeza se detuvo en la avenida, y detrás lo hicieron los otros dos. Más allá, estaba el cuarto, el que había enviado el mensaje por radioteléfono a la comisaría advirtiendo la presencia de los extraños objetos voladores. Junto a este coche había dos policías rifle en mano, que se apresuraron a acudir.

—Vamos a ver qué es eso de... — empezó el comisario Pynter, pero no terminó, se quedó mirando atónito al sargento Ward, sentado a su lado-. ¿Qué demonios le pasa, Ward?

—No lo sé, señor... -sollozó Ward, con lágrimas en los ojos—. Estoy triste.

—¡Pero qué tonterías está diciendo! ¡Vamos, deje de llorar, no sea estúpido!

—Usted también está llorando, señor.
—¿Yo? ¿Yo?
—Sí, señor.
Pynter lanzó una exclamación de rabia, y salió del coche. Los dos agente llegaban en aquel momento, y se detuvieron ante él.
—Señor — informó uno de ellos, llorando —, hemos abatido a varios de esos... de esas cosas.
—Pero todavía quedan más... —sollozó el otro agente —. De cuando en cuando pasa alguna cosa de ésas... ¡Mire, ahí tiene una, señor!
—¡Dispárele! —ordenó Pynter.
Su desorbitada mirada localizó al simbionte, volando a unos veinte metros de altura y a cuarenta de distancia de ellos. El agente se echó el rifle al hombro, apuntó, y disparó. El sargento Ward, que salía del coche, veía justamente en aquel momento al simbionte. Entre el llanto y el pasmo, tuvo la impresión de que aquella cosa de hermosos colores se desinflaba al recibir el impacto del balazo. Se detuvo en seco en su vuelo, pareció desinflarse, y cayó a plomo, mientras sus bellos colores parecían apagarse, y las antenas con aquellas preciosas bolas en la punta se abatían, como tallos de flores súbitamente mustios.
A cuarenta metros de ellos la cosa cayó, produciendo un blando sonido.
—¡Vamos a ver qué es eso! — ordenó llorando Pynter.
Los hombres de los otros dos coches también habían salido de éstos, a tiempo de ver al simbionte recibir el balazo y caer. Todo el cuerpo policial de Litchfield Park estaba en aquella avenida de la zona residencial, todos armados hasta lo dientes..., todos corriendo hacia el cadáver del simbionte.
Cuando llegaron junto a éste vieron la masa gelatinosa todavía casi completa, casi densa. Pero se iba derritiendo al calor del sol, como si fuese un

helado, y en cuestión de segundos sólo quedó en la calzada una mancha líquida y ligeramente oleosa.

—Por todos los demonios... —jadeó un agente—. ¿Qué es esto?

—Hemos matado a varios — dijo de nuevo el agente de antes —, pero todavía se ve alguno yendo de un lado a otro. Se están metiendo en las casas, y la gente sale corriendo de ellas... Algunos vecinos se han marchado en sus automóviles, desocupando las casas; dicen que están llenas de bichos de estos.

—Nosotros nos hemos cruzado con varios coches, es cierto. .. —dijo el conductor del coche de Pynter —. ¡Y con personas que corrían a pie hacia el centro!

—Ward, vuelva al coche — ordenó Pynter — y llame a la comisaría, a ver qué está ocurriendo en el centro. ¡Y que le digan si hay más llamadas desde otros sitios informando de la presencia de estas cosas!

—No creo, señor. Todas las llamadas de antes eran de esta zona, así que parece que...

—¡Maldita sea, haga lo que le he dicho! Y ustedes, preparen las armas. ¡No dejen escapar ni uno solo de estos bichos! ¡Y dejen de llorar, maldita sea su estampa!

—No podemos, señor, no sé que...

—¡Allá van dos! — señaló un agente.

Todos miraron en la dirección indicada, divisaron a los dos simbiontes que volaban muy juntos, y alzaron sus rifles. La descarga los abatió arrancándoles pedazos de sus masas gelatinosas, de las que inmediatamente desaparecieron los bellos colores sobre el fondo achocolatado. Corrieron todos hacia allí, para presenciar el mismo proceso de derretimiento.

El sargento Ward llegó corriendo, llorando como nunca había llorado en su vida.

—¡Señor, sólo está ocurriendo en esta zona, y

toda la gente de ella se está concentrando en el centro! Están informando a todos de lo que ocurre, y todo el mundo está llorando en el pueblo!

—No entiendo lo que está pasando — sollozó Pynter —, pero estoy seguro de que la culpa de todo esto la tienen esas cosas... ¡Hay que buscar casa por casa, tenemos que liquidarlas a todas! Vamos a distribuirnos para dar una batida... ¡Necesitamos más gente armada! Bowles, vaya al pueblo en uno de los coches, llame a Phoenix informando de esto, y que envíen hombres armados. Mientras tanto, que todos los del pueblo que tengan armas se dispongan...

El incesante sonido de un claxon ahogó las últimas palabras de Pynter, y todos miraron hacia el automóvil del que procedía, y que se iba acercando como conducido por un loco.

En un instante, el coche frenó junto a ellos, y Esmond Wilson saltó fuera, llorando de modo increíble, pero descompuesto el rostro por la furia.

—¡Malditos sean! — vociferó —. ¡Dejen de disparar, criminales!

—Oiga, ¿qué significa esto? ¿Quién es usted y qué demonios se ha creído? —barbotó Pynter entre lágrimas.

—¡Hijos de puta...! ¿Es que sólo saben matar? ¡Deberían...!

Mientras gritaba como enloquecido» Esmond se había acercado más a Pynter, en actitud tan evidentemente agresiva que uno de los agentes no esperó las consecuencias; se adelantó hacia Esmond, alzó el rifle colocando la culata hacia delante, y le descargó un tremendo golpe en la frente que lo abatió fulminado.

—Este tipo está loco —dijo Pynter —. Pónganle unas esposas y métanlo en uno de los coches. Ya nos ocuparemos de él cuando sea oportuno.

—Por allá viene otro coche —señaló Ward,

—Esperemos que no se trate de más locos.

El coche se detenía cerca de ellos segundos más tarde, y Harold Rich y Maryland Douglas salieron rápidamente. La muchacha corrió hacia el desvanecido Esmond, mientras Rich se encaraba furiosamente, pero llorando, con el grupo de policías.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó—. ¿Qué le han hecho a Esmond? ¡Apuesto a que han sido tan listos que ni siquiera le han dejado hablar!

—Por el contrario, habló demasiado. ¿Y usted quién es?

* * *

—No vuelve en sí... — gimió Maryland—, ¡Lleva así más de una hora!

—Mejor para él — dijo Raymond Hawkes —. Se está ahorrando este horrible sufrimiento.

Maryland se quedó mirando con ojos desorbitados al profesor. En efecto, Esmond se estaba ahorrando el sufrimiento de aquella profunda tristeza que los estaba invadiendo a todos. Ya no lloraban, pero casi era peor. Permanecían silenciosos, sumidos en una depresión sencillamente espantosa.

Todos estaban en el mismo estado, excepto la pequeña Patty, que estaba sentada en el suelo jugando con un rizador para el cabello que Maryland le había proporcionado. Los demás, es decir, sus padres, Harold Rich, Raymond Hawkes y Maryland, iban sintiendo aquella angustia creciente. El piloto del helicóptero, simplemente, se había marchado de allí con el aparato en cuanto empezaron a sonar disparos en la zona.

Ahora, todos estaban aislados, como prisioneros en la casa de Maryland, que había conseguido de Pynter que le permitiera llevarse a Esmond para atenderlo, bien entendido que en su momento

respondería de su actitud hostil hacia las fuerzas policiales, que ahora estaban muy ocupadas persiguiendo simbiontes por todas partes, incluso dentro de las casas. Excepto en la de Maryland, donde ésta se había negado rotundamente a permitirles la entrada, asegurándoles que allí todo estaba bien.

Y estaba bien al menos para los simbiontes que habían conseguido refugiarse en ella, todos apelotonados en el desván. De cuando en cuando se oían disparos, y cada vez las descargas eran más nutridas, pues habían llegado a la zona gente de Litchifield Park armados con rifles, escopetas de caza y revólveres, así como un numeroso contingente de policías de Phoenix. Mientras tanto, se había dado la voz de alarma, y la población había sido evacuada. Se estaba esperando un destacamento de la Guardia Nacional para rodear toda la zona...

Harold Rich se acercó a una ventana de la sala, y miró al exterior, por donde pasaban dos coches policiales en aquel momento.

—Y encima — susurró — estuvieron a punto de encerrarme a mí, diciendo que estaba loco. ¡Ni siquiera quisieron terminar de escucharme!

—Esmond se va a morir... — gimió de nuevo Maryland —. ¡Se va a morir si continúa en este estado!

—Viene mi amigo —dijo Patty.

Todos miraron desconcertados a la niña, pero comprendieron a qué se refería cuando un simbionte apareció flotando en la puerta de la sala, y se desplazó hasta encima de Esmond, sobre el cual descendió, para entrar en simbiosis.

A los pocos segundos, Esmond emitió un gemido, y se sentó en el sofá, junto a Maryland, que ni siquiera pudo lanzar una exclamación de alegría, tan profunda era su tristeza. El simbionte se desprendió de Esmond, y desapareció por la puerta. Su

desplazamiento era muy lento, como fatigado.

—¿Cómo te sientes, Esmond? —preguntó tristemente Rich.

—La radio... —susurró Esmond—. Maryland, pon la radio, o la televisión.

La muchacha encendió el televisor. Apareció la imagen de un locutor joven, de aspecto tristísimo, que estaba dando unas noticias sencillamente espeluznantes:

—... e incluso en Phoenix —decía— cientos de personas están siendo víctimas de esta inesperada enfermedad. Los hospitales y clínicas están abarrotados de pacientes que no tienen físicamente mal alguno visible, pero que llegan llorando. Algunas personas han rebasado ya esa primera fase de la enfermedad, y han caído en una postración anímica que las deja como insensibles e indiferentes a todo... Nos llegan más noticias, de última hora... —el locutor extendió un brazo fuera de la imagen, y apareció de nuevo con una hoja de papel —. Tres personas acaban de fallecer en el Medical Center de esta ciudad, víctimas, al parecer, de esa enfermedad carente de síntomas físicos detectables, por nuestros médicos. Estos aseguran que la causa de la muerte es la tristeza. Nos hallamos ante un fenómeno absolutamente inédito en...

Esmond Wilson ya no quiso escuchar nada más. Miró a la niña, que seguía jugando, ajena a todo.

—Patty, por favor, ¿quieres venir conmigo?

La niña lo miró y sonrió.

—Estoy jugando —dijo.

—Lo sé, querida, pero te ruego que me acompañes a ver a nuestros amigos. Ellos están arriba.

—Pero no quieren jugar conmigo ahora.

—¿Qué te parece si vamos a pedirles que jueguen un poco con todos nosotros? Especialmente, contigo.

—Bueno.

Patty se tomó de la mano de Esmond, y ambos salieron de la sala. Pocos segundos después entraban en el pequeño desván de la casa de Maryland, en el que bastaba el resplandor que llegaba desde la cabinilla para ver a los amontonados simbiontes en un rincón, todos en simbiosis única.

Esmond se sentó en el suelo, haciendo sentar junto a él a Patty. Inmediatamente le llegó el mensaje referente a que la niña no iba a sufrir mal alguno, pues en su inocencia no quedaba afectada por las emanaciones de tristeza de los simbiontes supervivientes, que habían reunido en el desván todos los fetos que habían podido rescatar.

Esmond Wilson entró muy pronto en definitivo conocimiento de la verdad: no se trataba de una agresión de venganza por parte de los simbiontes, sino que, simplemente, la tristeza de éstos era tan profunda que se expandía a su alrededor con mucha más intensidad que hasta entonces lo había hecho la alegría, y ello, porque los humanos eran más propensos a asimilar las cosas negativas que las positivas. Y así, a más de cuarenta millas alrededor de Litchfield Park sus sensaciones de tristeza estaban saturando a los terrestres, empapando sus mentes de depresión absoluta. Una depresión que conducía más o menos lentamente, según la mentalidad de cada cual, a una carencia total de deseos de vivir, lo que ocasionaba la muerte.

¿No se podía hacer nada?, preguntó Esmond, cada vez más angustiado.

La respuesta ya se la estaba temiendo: los simbiontes no podían hacer nada. Ellos estaban tristes, y no podían evitarlo. Y mientras ellos estuviesen tristes por las pérdidas de sus compañeros y sus fetos, todo seguiría igual.

Esmond inquirió si la presencia de Patty

disminuía su tristeza, y la respuesta fue positiva, pero en un grado muy bajo. ¿Podrían los simbiontes recuperar su dulzura, su alegría, si él les conseguía todos los fetos que la gente se había llevado a todas partes, así como poner a salvo allí, con ellos, a los simbiontes que quedaban ocultados por la zona? ¿Y si traía más niñas, más mente limpias? La respuesta de los simbiontes anonadó a Esmond Wilson: los terrestres no permitirían que los niños se acercasen a los simbiontes» y en cuanto a los fetos, no todos serian devueltos.

¿Podía dejar a Patty con ellos un rato? ¿Aminoraría eso en algo su tristeza? ¿O preferían bajar todos a reunirse con las personas que no les harían mal alguno? La respuesta mental fue contundente: los simbiontes estaban aterrados, y no se moverían de allí.

Dos minutos más tarde, Esmond entraba en la sala, donde todos le esperaban, inmóviles, deprimidos.

—¿Y Patty? —preguntó lánguidamente Helen Murray.

—Se ha quedado arriba con los simbiontes. Señora Murray, permita que la niña se quede con ellos un rato, o todos los que estamos en esta casa vamos a morir... Menos ella, desde luego. Si pese a nuestra gran proximidad con los simbiontes todavía estamos vivos es precisamente debido a la presencia de la niña. Digamos que nos sirve como de... coraza a los efectos de la tristeza.

—Eso es horrible... —murmuró Robert Murray—. ¡Morir de tristeza! Y además, de una tristeza contagiada, no propia.

—Pues imagínese el grado de tristeza que deben sentir los directamente afectados, señor Murray, los propios simbiontes. Son seres que sólo conciben el amor y la alegría, y lo que les estamos haciendo es algo que les ocurre por primera vez. Jamás habían

sido agredidos en parte alguna del universo.

—Pero ¿por qué? — murmuró sombríamente Raymond Hawkes—. En nombre del cielo, ¿por qué lo hacemos, por qué los agredimos? Todo lo que teníamos que hacer era dejarlos en paz hasta que vinieran a recogerlos, ¿no es así?

—Sí, así es, profesor.

—Somos unos malditos tarados, eso es todo — dijo Rich.

—Deberíamos informar seriamente de esto a las autoridades... — habló de nuevo Hawkes—. ¡Y tendrán que escucharnos! Doctor Wilson, ¿qué le parece si usted y yo vamos a Phoenix a hablar con alguien importante, con mando centralizado...? El alcalde, por ejemplo. El puede luego informar a más altas autoridades gubernamentales.

—De acuerdo — asintió Esmond—. Vamos a intentarlo. Aunque no nos será fácil llegar hasta el alcalde, en estas circunstancias. Además, ¿qué podrá hacer él? Mientras los simbiontes estén tristes, todos nosotros los estaremos..., y en peligro constante de muerte.

—Pero sólo en cuarenta millas a la redonda, ¿no es cierto? — dijo de pronto Maryland—. ¡Esmond, yo también quiero ir a Phoenix, déjame acompañaros! ¡Convenceremos al alcalde para que haga evacuar la ciudad, toda el área en cuarenta millas a la redonda!

* * *

Terence Dansfield había escuchado primero con asombro, luego con incredulidad. Finalmente, en su triste rostro apareció una expresión neutra en lo posible, mientras Maryland, Esmond y el profesor Hawkes, por turno, le iban explicando lo que estaba sucediendo.

No les había sido fácil llegar hasta él, pero

finalmente, hacia las cuatro de la tarde, lo habían conseguido. Y cuando terminaron su explicación, los tres se quedaron mirándolo fijamente. Dansfield estuvo casi un minuto como absorto. Por fin, tomó una hoja de papel que tenía sobre su mesa, y la mostró.

—Ultimo informe recibido — susurró —: el total de personas muertas de... tristeza asciende ya a treinta y siete.

—Creo que nosotros hemos matado mayor número de simbiontes, señor alcalde — deslizó Esmond.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —saltó Dansfield.

—Supongo que quiero decir que en realidad los culpables de esas treinta y siete muertes somos nosotros mismos, al haber provocado la tristeza en los simbiontes...

—¿Está usted loco, señor Wilson? ¡Esos bichos...!—Esos bichos — intervino Maryland— son completamente inofensivos, señor. Cayeron del espacio una noche, y todo lo que pretendieron fue esconderse hasta que vinieran a por ellos. Pero nosotros robamos sus fetos, que hemos diseminado por toda la nación, para colocarlos de «adorno» en cualquier sitio. Y luego, cuando ellos se confiaron al ver que no les hacíamos daño a los adultos, y comenzaron a dejarse ver, nuestros policías comenzaron a matarlos. Su respuesta no ha sido agresiva ni siquiera entonces. Están tristes, eso es todo. ¿Cómo estarla usted si supiera que a su esposa le arrebataban el feto que era hijo de ambos y que le hacían la vivisección? ¿Cómo estaría usted si fuese de visita a cualquier sitio con sus amigos y los mataran a todos sólo porque eran diferentes a los del lugar? ¿No estaría cuando menos triste, señor? Pues ellos lo están, simplemente. Quedan nueve, todos escondidos en mi casa. ¿Cómo quiere que se

sientan?

Dansfield, que había estado mirando fijamente a Maryland, miró de pronto a Esmond, luego a Hawkes.

—De modo que esos simbiontes supervivientes están con ustedes.

—Ya se lo ha dicho Maryland — asintió Esmond.

—Y según entiendo, los causantes de la tristeza y de las consiguientes muertes son ellos.

—Así es. Pero si evacuamos una zona de un diámetro de ochenta millas la emanación de tristeza no alcanzará...

—Señor Wilson, ¿se da usted cuenta de lo que está diciendo? ¡Nada menos que una zona de ochenta millas de diámetro! Mire, si esto fuera una zona rural tal vez podría hacerse, pero estamos en Phoenix, ¿sabe? Sólo en la ciudad hay más de seiscientas mil personas. Si radiamos esa noticia vamos a causar tal pánico que...

—No hay por qué informar de la existencia de los simbiontes — dijo Hawkes —. Bastará decir que la zona debe ser evacuada.

—¿Sin ninguna explicación? Eso sería peor todavía. Mire, podemos poner en estado de pánico a un millón de personas, ¿comprende? Y por supuesto que no pienso hacer eso.

—Bueno, tal vez tenga usted una idea mejor — admitió Esmond.

—Ya lo creo que sí la tengo — asintió Dansfield —. Al parecer, la fuente de esa tristeza mortal son los simbiontes que quedan vivos llorando las muertes de sus compañeros y sus fetos. ¿Cierto?

—Sí, cierto.

—¿Ustedes conocen ese refrán que dice «muerto el perro se acabó la rabia»? Pues bien, vamos a matar al perro: iremos a casa de la señorita Douglas a exterminar a esos nueve supervivientes. ¡Y todo habrá terminado!

—Me parece una idea excelente — dijo Esmond,

ante el asombro de Maryland y Hawkes, que hablan quedado pálidos de espanto.

—¿Realmente, señor Wilson? — preguntó el alcalde.

—Por supuesto. ¿Cómo no se me ocurriría antes a mí mismo?

—¡Esmond! —exclamó Maryland—. ¡No puedo creerte!

—Seamos sensatos, querida. Parece que la elección está entre los simbiontes y nuestros vecinos, gente de nuestro planeta, seres como nosotros. ¿Verdad, señor Dansfield?

—Evidentemente. Yo creo que ése es el modo correcto de pensar, dadas las circunstancias.

—Claro. De modo que ahora vamos allá, matamos a los nueve simbiontes, y luego, para terminar de resolver la situación de modo tan inteligente, podríamos pasar aviso de que todos los fetos que están siendo recogidos y en camino hacia aquí sean incinerados, por ejemplo. Y asunto terminado. Estupendo.

—Noto algo raro en el tono de su voz, señor Wilson.

—*Doctor* Wilson — corrigió suavemente Esmond —. En cuanto al tono de mi voz, ¿de veras nota algo raro en él? Imaginaciones suyas. Le aseguro que no estoy preocupado por las naves que vendrán a recoger a los simbiontes supervivientes y los fetos.

—¿Qué naves?

Esmond se puso de pronto en pie, encendido su rostro por una ira tan profunda que había desaparecido toda expresión de tristeza.

—¡Maldito criminal de mierda, ¿es que no lo entiende?! ¡Pues se lo voy a explicar! Lo primero de todo es que usted no tiene derecho a matar a unos seres que todo lo que hacen es estar tristes por sus amigos muertos. Y lo segundo, pedazo de imbécil, es que si no agrupamos y devolvemos sanos y salvos a

los simbiontes y fetos que todavía quedan vivos, vamos a tener una epidemia tal de tristeza en Estados Unidos que no quedará nadie para contarlo. ¿Lo quiere más claro todavía, cretino?

—*Doctor* Wilson —dijo tristísimamente Dansfield —, voy a ordenar que le detengan a usted. Es un loco peligroso.

—La madre que lo... —empezó Esmond.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta del despacho, y entró el secretario del alcalde como empujado, dando trompicones.

—¡Señor Dansfield! —aulló y gimió al mismo tiempo —. ¡Echa un vistazo por la ventana! ¡Dios mío, estamos perdidos

CAPITULO VIII

Todos se habían vuelto a mirar sobresaltados al secretario, y el alcalde consiguió farfullar:

—¿Qué demonios le pasa a usted, Edgar?

—¡Mire por la ventana, señor!

El primero en correr hacia el amplio ventanal fue Esmond, que se quedó de pronto como petrificado. Maryland y Hawkes llegaron juntos a su lado, y el último en hacerlo. Dansfield, se abrió paso rudamente para poder mirar hacia el exterior.

De momento, no vio nada especial.

De pronto, se dio cuenta de la gran sombra que se cernía sobre aquella parte de la ciudad, y alzó la mirada, pensando inconscientemente que debía tratarse de una nube.

Quedó paralizado por el terror al ver la gigantesca nave.

Estaba suspendida sobre el centro de la ciudad, inmóvil. No emitía sonido alguno. Simplemente, estaba allí, reflejando la luz del sol en sus superficies de prisma, como un increíble diamante de color

oscuro.

Dansfield no podía moverse, no podía reaccionar en modo alguno. Detrás de él oyó la voz de otro de los empleados de su despacho, con tanto tartamudeo que tardó unos segundos en asimilar la noticia:

—Se-señor Dansfield, han... han llamado de varios... de va—varios puntos de... de la zona... ¡Han sido vistas seis naves enormes!

Dansfield sacudió la cabeza, y acto seguido todo lo que se le ocurrió fue mirar a Esmond Wilson, que señaló hacia el cielo.

—¿No preguntaba usted qué naves? Pues bueno: esas naves. Ahí las tiene usted.

—Dios bendito...

—Imbécil —dijo Esmond.

Dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta, seguido de Maryland y Hawkes.

—¡Doctor Wilson! —gritó Dansfield—. ¿Puede usted realmente comunicarse con esa gente?

—Si me da la gana, sí. Pero le diré una cosa: en estos momentos me avergüenzo de la confianza que ellos depositaron en mí al enseñarme el modo de hacerlo. No merecemos...

—Dígales que tendrán sus fetos... ¡Dígales que tendrán sus fetos, y sus adultos, todo!

—Eso ya lo saben. Y lo están esperando. Pero contésteme a esto: ¿qué les digo respecto a los simbiontes muertos? Entiéndame, no es que le pregunte cómo les doy la noticia, pues ya la conocen. Lo que pregunto es qué excusa les damos por haber matado a más de cuarenta de los suyos. ¿Se le ocurre a usted alguna excusa? Porque a mí, NO.

Dansfield no pudo decir nada, no reaccionó. Esmond esperó en vano algunos segundos, y luego abandonó el despacho.

—¿Qué vamos a hacer? — exclamó Maryland, corriendo junto a él —. ¿Qué podemos hacer nosotros, Esmond?

—Lo único que se me ocurre es encontrar el modo de impedir que la situación empeore, pero me temo que ni siquiera eso podremos hacer.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien lo que estoy pensando, Maryland.

—No lo harán... ¡No!

—Me temo que sí.

Poco después salían a la calle, en la cual reinaba un silencio de muerte.

Un silencio insólito, inconcebible en el centro de una ciudad como Phoenix. Había gente por todas partes, pero todos permanecían inmóviles, alzados los rostros, fijas las tristes miradas en la enorme nave en forma de diamante. Todos los vehículos se habían detenido, las personas parecían estatuas. En muchísimos rostros había lágrimas que se deslizaban en silencio.

—Dios mío, es horrible —gimió Maryland.

—Las seis naves deben estar cubriendo toda la zona donde los simbiontes cayeron después de avisar su posición y su desdichada decisión de abandonar la nave y ponerse a salvo en la Tierra. Vamos a salir a toda velocidad hacia tu casa, Maryland, y...

Comenzaron a oír el potente zumbido. Durante un instante, ninguno supo a qué era debido. De pronto, Hawkes exclamó:

—¡Oh, no!

—Sí —dijo Esmond—. Ahí los tiene. El belicoso planeta Tierra se dispone a repeler la «agresión».

Maryland comprendió cuando ya aparecía la escuadrilla de cazas, cuyo supersónico zumbido comenzó a oírse con fuerza. Los cazas habían adoptado la formación de combate, y, en un instante, comenzaron a disparar sus armas contra la nave simbiontes.

Si hubiera podido (que no podía debido a la

tristeza que se iba haciendo más y más aguda), Esmond habría sonreído al ver cómo los impactos de los cazas resbalaban sobre las múltiples caras de la nave foránea. Era como si unos cuantos micos estuvieran tirándole rabiosamente cacahuetes a un elefante. El elefante ni se enteraba.

—Todo está perdido... —susurró—. Vamos a tu casa, y quizá nuestras súplicas a nuestros amigos simbiontes sirvan de algo. Aunque lo dudo. No se trata de su voluntad, sino de la nuestra: no pueden evitar estar tristes, y lo están porque nosotros queremos.

Los cazas habían pasado ya, y estaban efectuando la maniobra de regreso para la segunda pasada de ataque.

—Al parecer —murmuró Hawkes—, ni siquiera piensan que si logran abatir esa nave caerá sobre la ciudad, con consecuencias terribles... ¡Mire eso, Esmond!

—Ya lo estoy viendo.

La parte inferior de la nave, situada a unos quinientos metros de altura, se había abierto, mostrando varias compuertas. Y por estas compuertas comenzaron a aparecer simbiontes en tal cantidad que parecían una nube, un enjambre. Reluciendo al sol sus bellos colores, oscilando sus antenas oculares como un mar de hierba rosa, descendieron rápida y suavemente en todas direcciones, como queriendo conocer todos los puntos de la ciudad.

—Son más de mil... —dijo Maryland—. ¡Los van a matar, esto se pondrá cada vez peor!

—No, no los van a matar — dijo Esmond—. No van a poder hacerlo de ninguna manera.

—¡Pero...!

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó Hawkes—. ¡Cielos, va a ser la experiencia más traumática que pudieran desear estas gentes!

Maryland comprendió también por fin. Los simbiontes descendían rápidamente, y, en el acto, entraban cada uno de ellos en simbiosis con el terrestre que más cerca quedaba de ellos. Eran como paracaidistas tomando posiciones.

Por encima del zumbido de los cazas, que de nuevo estaban disparando contra la nave, ya cerrada, comenzó a oírse el alarido de la multitud, que recuperó su capacidad de movimiento debido al terror. Pero sólo corrían los que no habían entrado en simbiosis. Los que habían sido elegidos para esto permanecían inmóviles y tranquilos. De algunos coches policiales comenzaron a aparecer agentes, revólver o rifle en mano, y se acercaban corriendo a las personas simbiotizadas, al parecer dispuestos a disparar.

El pánico, finalmente, era total.

—¡Apártense! — gritaban los policías, blandiendo sus armas—. ¡Sepárense de esos bichos!

Un simbionte voló hacia el policía que había gritado, y éste alzó el revólver y disparó. El simbionte se vino abajo, pero dos más volaron hacia el mismo policía, que volvió a disparar frenéticamente, imitado ahora por sus compañeros. Los dos simbiontes fueron abatidos, pero ahora no menos de

quince o veinte simbiontes volaban hacia los terráqueos uniformados. y, dejando en su vuelo tres o cuatro cadáveres que se desinflaban rápidamente, cayeron como una nube sobre los policías, entrando en rápida simbiosis con ellos.

—¡Muchachos! —gritó uno de los policías—. ¡No disparéis, estos bichos no pretenden nada malo!

Inmediatamente, todo aquel grupo de policías dejaron caer sus armas. La gente seguía corriendo, a excepción de los que habían entrado en simbiosis, que eran los más tranquilos, pero los que estaban en simbiosis comenzaron a gritar que no disparasen, que todo estaba bien así, que no había nada que temer...

—Esa sí es una manera de hacer la «guerra» —susurró Esmond —: están derrotando al enemigo por medio de la amistad, de la bondad. Por el amor de Dios..., —¡y nosotros los estamos matando!

Los cazas habían hecho su segunda pasada, con el mismo resultado de la primera, es decir, ninguno. El elefante seguía inamovible. Era como un diamante oscuro colgado del cielo. Sus compuertas se abrieron de nuevo, y otra legión de simbiontes descendió sobre la ciudad.

Los policías y los ciudadanos que habían entrado en simbiosis gritaban, llamando a sus familiares y amigos..

—¡Hey! ¡Venid, no pasa nada, todo está bien! ¡Volved!

La calle estaba ahora concurrida por personas en simbiosis. Los que no lo estaban seguían corriendo despavoridos, convencidos de que aquello sólo podía significar la muerte o cualquier siniestra cosa mucho peor que la misma muerte.

Aparecieron de pronto otras dos naves simbiontes. Llegaron a tal velocidad, y se detuvieron tan en seco, que fue como si aparecieran de pronto,

como si se materializasen allí mismo. Y de sus compuertas comenzaron a caer simbiontes sobre el centro de la ciudad.

Esmond lanzó de pronto una exclamación, dio la vuelta, y se metió en el edificio del ayuntamiento. Ni Maryland ni Hawkes hicieron intención de seguirle, porque supieron enseguida qué se proponía, y porque preferían seguir contemplando fascinados las legiones de simbiontes.

Esmond salió medio minuto más tarde, tirando del alcalde, que estaba pálido como un muerto.

—¡No se resista, estúpido! —gritaba Esmond—. ¡Tiene que hacerlo, es el único modo de que comprenda! ¡Venga aquí y quédese quieto!

-¡No! ¡NO! -aullaba Dansfield.

Hawkes ayudó a Esmond a sujetar al alcalde, que comenzó a gritar de nuevo cuando media docena de simbiontes desviaron su descenso hacia ellos, con aquella graciosa ondulación de su borde inferior. Dansfield estaba al borde del desvanecimiento por el espanto, ni siquiera se fijaba en la apacible expresión de los policías y ciudadanos que, simbiotizados, se acercaban a ellos y contemplaban la escena de histeria de su principal mandatario.

Este casi se desvaneció cuando dos simbiontes entraron en simbiosis con él a la vez. Los demás se alejaron, flotando, emitiendo bellos destellos, sin sentir el menor interés hacia Esmond, Maryland y Hawkes, cuya tristeza se iba disipando rápidamente.

El alcalde todavía estuvo gritando durante tres o cuatro segundos, mientras, desesperado, intentaba deshacerse de los simbiontes a manotazos. Y de pronto, se relajó, se quedó quieto, cerrando los ojos. Estuvo así unos segundos, abrió los ojos, y suspiró.

—Dios mío.

Esmond se acercó a él, y le clavó un dedo en el pecho.

—¿Comprende ahora, imbécil? ¿Lo comprende?

—Sí... Sí.

—¿De veras? ¡Pues explíquemelo!

—Estos... estos simbiontes están tratando de contrarrestar la tristeza de sus compañeros sobrevivientes de nuestra matanza, para evitar más muertes de tristeza entre nosotros. No quieren hacernos mal alguno, sólo quieren a los suyos y marcharse cuanto antes. Pe-pero si seguimos disparando contra ellos y matándolos, todos entrarán en tristeza, y entonces... entonces morirán todos los seres humanos en más de mil millas a la redonda.

—De modo que ya es usted listo, ¿eh? Bueno, pues demuéstrelo. Todo lo que tiene que hacer es regresar a su des pacho y comenzar a dar órdenes y pasar información por teléfono. Y no se olvide de felicitar de mi parte a la USAF y sus cazas por su gloriosa intervención. Maldita sea, ¿qué está esperando?

Dansfield dio media vuelta, y entró en el edificio, seguido de algunos policías simbiotizados, para espanto de las personas que había en el ayuntamiento.

—Vámonos —dijo Esmond —. Ya no podemos hacer nada aquí.

Se metieron en su coche, y se dirigieron hacia la salida de la ciudad. Por todas partes veían ahora simbiontes, algunos todavía buscando, otros ya en simbiosis con personas que rápidamente habían recuperado la serenidad. En cuanto a los ciudadanos de Phoenix no simbiotizados, ya no se veía ni uno solo por las calles. Solamente simbiontes, yendo de un lado a otro con suaves ondulaciones, buscando.

Los cazas se habían retirado, la ciudad parecía ahora en completa calma, de nuevo silenciosa y apacible, bajo las tres sombras de las naves simbiontes. Y todavía, antes de que Esmond dejara la ciudad atrás, llegó a ésta otra nave, de la cual descendieron dos legiones de simbiontes. El

espectáculo era sencillamente alucinante.

* * *

Pero a los terrestres les costó mucho aceptar las cosas, aprender la lección. Les costó mucho. Todavía, casi dos mil

Sentados en el desván ante el grupo de simbiontes allí refugiados, Esmond, Hawkes, Rich y Maryland, cerrados los ojos, recibían en sus mentes la proyección sobre lo que estaba sucediendo. Proyección de imágenes que, desde los simbiontes de las naves, llegaban a los simbiontes refugiados en la casa de Maryland, los cuales, a su vez, la enviaban a los terrestres.

Todo era absurdo y espantoso.

Todavía, y pese a que sin duda desde su despacho el alcalde Dansfield debía haber informado cumplidamente de cuál era la situación, el Ejército y la USAF estuvieron atacando a los simbiontes e incordiando sus seis naves. A éstas, en vano, pero los simbiontes que se ponían a tiro eran abatidos sin misericordia ni razonamiento alguno.

Para cuando todos se enteraron de que no debían seguir atacando en modo alguno a los simbiontes, habían muerto más de quinientos de éstos, y, pese a su buena voluntad, los restantes simbiontes comenzaron a emanar tal tristeza que los terrestres comenzaron a morir de tristeza por decenas.

Hacia las nueve de la noche, la cadencia de muertes comenzó a disminuir, pero la tristeza de los simbiontes seguía vigente, así que, todavía, de cuando en cuando, seguían muriendo.

Y seguirían muriendo mientras durase la tristeza de los simbiontes, o mientras éstos permaneciesen en la zona. Sabiendo esto, las autoridades

recurrieron a todos los medios humanos y técnicos para que los fetos distribuidos ampliamente por el país fuesen entregados, y, en el acto, enviados a Phoenix por medio más rápido disponible. Así, en aviones a reacción, helicópteros, avionetas, y hasta reactores de vuelos regulares, las bonitas piedras que días atrás habían sido recogidas por maravillados transeúntes fueron regresando a Phoenix, y desde aquí, no menos velozmente, a la zona residencial de Litchfield Park sobre la cual, inmóviles en el estrellado cielo, permanecían las seis naves simbiontes, por completo indiferentes al ajetreo de la prensa en general. Pese al riesgo que implicaba la mayor proximidad a los simbiontes, la televisión y no pocos fotógrafos de prensa se acercaron para obtener sus filmaciones, y de nuevo se comprobó la buena voluntad de los simbiontes al entrar en simbiosis con los que parecían más propensos a asimilar las emanaciones de tristeza.

Soldados, policías, «marines», paisanos..., se iban acercando poco a poco a Litchfield Park. Bajo las naves, ahora a menos de cien metros de altura, eran depositados los fetos a medida que iban llegando. La mayoría de ellos fueron simbiotizados y llevados a una de las naves por simbiontes ocupantes de ésta. Los terráqueos llegaron a comprender lo que esto significaba cuando, tras la llegada de una de las «piedras», salió de la casa de la señorita Douglas uno de los simbiontes que había permanecido escondido allí, se simbiotizó con el feto en cuestión, y ascendió hacia la nave. Aquel feto había encontrado a su madre. Los demás, los que habían llegado hasta aquel momento, habían quedado huérfanos antes de nacer.

Poco a poco, los simbiontes que estaban con Esmond en el desván de la casa de Maryland fueron marchándose, a medida que llegaban sus fetos, que presentían inmediatamente. Por fin. hacia las cuatro

de la madrugada, el último simbionte salió por la cabinilla que daba al tejado, y Esmond. Maryland, Rich y Hawkes quedaron solos allí. De pronto, todo pareció quedar vacío, todo pareció carecer de sentido.

En silencio, abandonaron el desván, y salieron de la casa. La madrugada era fresca, casi fría. Las naves seguían allí, sin luz alguna, pero perfectamente visibles. Bajo ellas, en silencio, todavía había terrestres, alguno de ellos simbiotizados, que esperaban el último momento.

Pero nadie sabía cuál sería el último momento, por la razón de que nadie sabía cuál era el número de fetos que los simbiontes esperaban recuperar.

Los simbiontes sí lo sabían, y lo demostraron a su manera. Simplemente, cuando hacia las cinco y media de la madrugada, con las últimas sombras de la noche, llegó otro feto, todos los simbiontes abandonaron sus dulces simbiosis con los terrestres, uno de ellos se hizo cargo del feto, y ascendieron hacia la nave, por cuya compuerta desaparecieron.

No se oyó nada.

Todo parecía irreal, como un sueño.

En completo silencio, de pronto, todas a la vez, las seis naves salieron disparadas hacia las estrellas.

Y, en un instante, desaparecieron.

ESTE ES EL FINAL

La señora Murray colgó el auricular del teléfono, todavía riendo. Era viernes por la mañana. Su marido acababa de llamarla para decirle que, en efecto, aquella tarde, como siempre, llegaría a casa. ¿Ella estaba bien, todo estaba... en orden, ninguna... novedad?

—¿Sabes» querido? —le había dicho la señora Murray a su marido —. Ya me está fastidiando que

todavía estés preocupado por aquello y que cada vez que me llames te intereses más por la posible presencia de simbiontes que por otras cosas. Te he dicho repetidamente que estoy mejor que nunca precisamente desde que entraron en nuestra vida los simbiontes, y que prefiero que me digas las mismas cosas que antes...

El señor Murray se las había dicho, y la señora Murray se echó a reír. Bueno, él iba a volver aquella misma tarde, así que podría soportar la excitación que...

—¿Patty? —llamó.

No obtuvo respuesta.

La señora Murray quedó como petrificada.

— Patty, querida —volvió a llamar,

Silencio.

Helen Murray recordó de pronto que poco antes había visto a su hijita delante de la casa, mirando hacia la de la señorita Douglas, muy sonriente.

Se dirigió a la puerta, la abrió y salió de la casa. Patty no estaba allí. La señora Murray suspiró contenidamente, rodeó la casa, y se dirigió hacia la parte de atrás.

—¿Patty? —llamó de nuevo.

—Estoy aquí, mamá, con mis amigos —oyó la voz de la niña.

Helen tuvo la sensación de que un rayo descargaba sobre su cabeza. El estremecimiento sacudió todo su cuerpo.

—Oh, no — gimió.

Lentamente, se dirigió hacia la parte de atrás de la casa, hacia el jardín en el que algún día ella tendría una piscina, aunque fuese pequeña, como la de Maryland. ¡Dios mío, no!, imploró la señora Murray, ¡otra vez, no!

Aunque... ¿Por qué había de temer a los simbiontes? Habían demostrado cumplidamente ser mejores que los terrestres, hasta el punto de que el

Gobierno había decidido efectuar una muy seria investigación al respecto, analizando su comportamiento, buscando el origen del fallo que había costado dos mil vidas. Una muy seria investigación para dirigir la cual había sido elegido Esmond Wilson, cuyas dotes parapsicólogas habían sufrido una alteración increíble, agudizándose, desarrollándose tanto que...

La señora Murray dobló la esquina de la parte de atrás de su casa. Que fuese lo que Dios quisiera...

—Ah, buenos días, Helen —saludó Maryland.

Helen Murray aspiró hondo. Allá estaba Maryland, sentada en el suelo, y junto a ella, Esmond, que le estaba diciendo algo a Patty sobre una muñeca verdaderamente especial: que no tenía nada de especial.

—Mamá —dijo Patty, mirándola de pronto—, mis amigos me han traído esta muñeca tan bonita.

Helen consiguió una sonrisa. Esmond la miró maliciosamente, y por un instante ella se estremeció, al darse cuenta de que él había captado perfectamente sus pensamientos. Perfectamente, porque dijo:

—Sus amigos somos nosotros: Maryland y yo.

—Hemos venido a despedirnos por una temporada... —dijo Maryland —. Nos vamos a casar, y pasaremos un mes en el Caribe. Luego, durante unos meses, Esmond tendrá que trabajar en Washington» pero seguramente después del verano nos instalaremos aquí.

—De modo que se van a casar... —sonrió la señora Murray.

—Sí -asintió Maryland-. Es que estoy en simbiosis, ¿sabe? Quiero decir que voy a tener un hijo, y hemos decidido casarnos. Es una tontería, pero tampoco nos hará daño.

—Desde luego que no —rió Helen Murray—. Bueno, querida..., ¡feliz simbiosis!

Los cuatro se echaron a reír.

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España